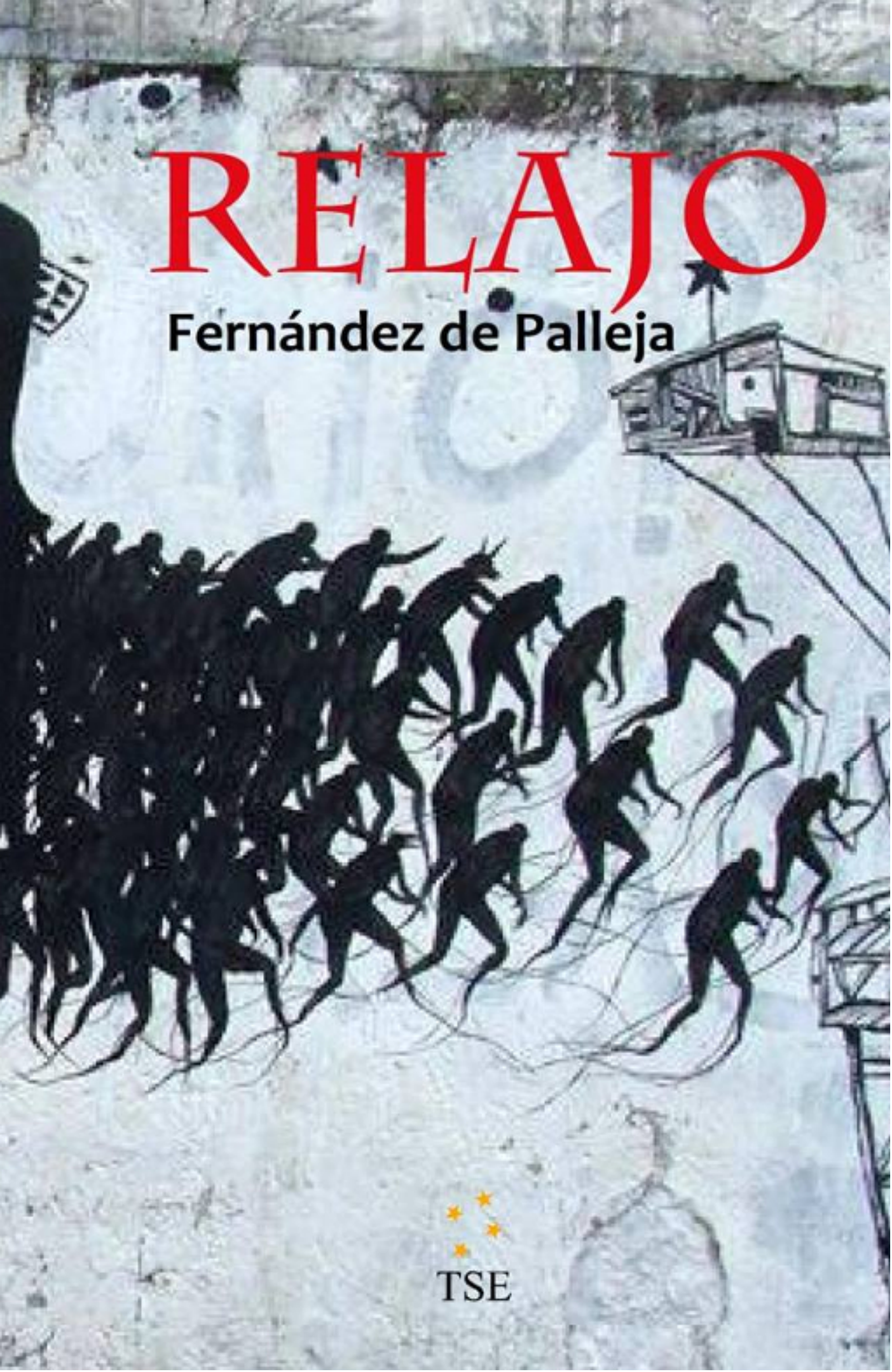
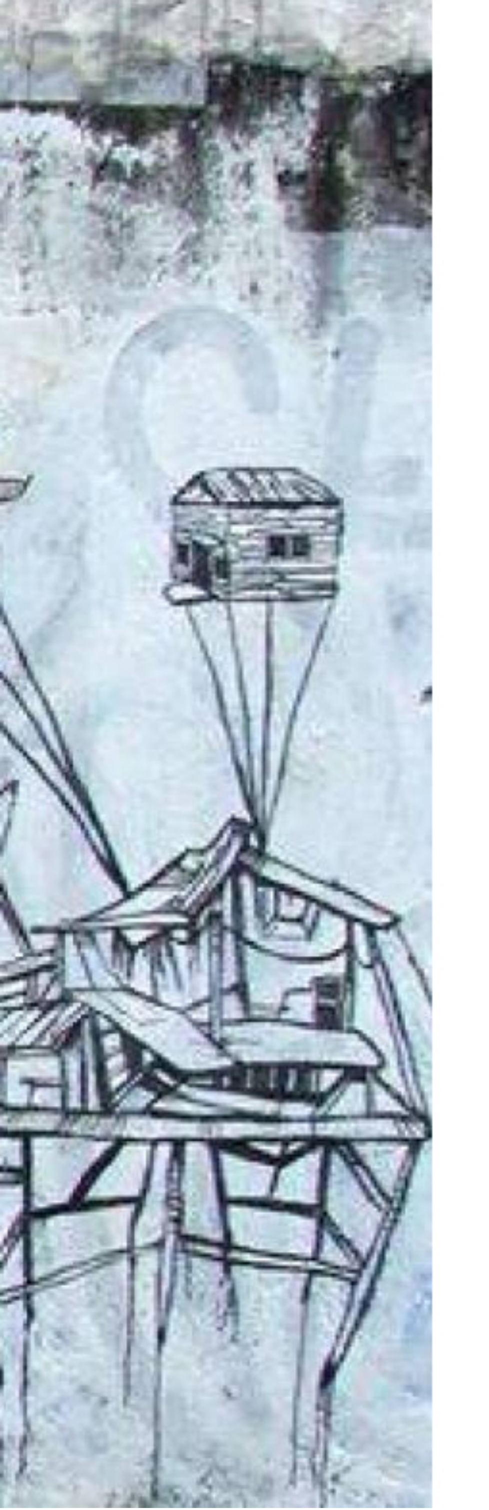


RELAJO
Fernández de Palleja
TSE



RELAJO

FERNÁNDEZ DE PALLEJA, IGNACIO
Relajo
1ª ed.: octubre de 2014
108 p.; 13 x 20 cm.
ISBN 978-9974-8472-2-4

Anacahuita 724 - CP 20000
Maldonado, Uruguay
tropicosureditor@hotmail.com

Director editorial: Jorge Montesino

Ilustración de tapa: Grafitti ubicado en Montevideo, Uruguay. Relizado por

Fernández de Palleja

RELAJO



Maldonado, Uruguay, 2014

a Pam, que sabe más de esto

Cambio de vida

1

Mi trabajo es más que nada intelectual. Sin embargo, de tanto en tanto, el colectivo femenino me asigna alguna tarea física, tomando como punto de partida que los que hacen fuerza son los hombres y las mujeres son mejores para los detalles y la belleza. La tiranía que ejercen, por supuesto, es un boomerang. Pero ojo que la idea no es quejarme porque, en realidad, prefiero toda la vida bajar cajas y mover muebles antes que reunirme con esas colegas que toman con tanto cuidado la lapicera mientras intentan que alguien las surta de lugares comunes para después repetirlos. Y, salvo por la rara e intolerable sensibilidad que desarrollé al tacto del cartón, salí con la sensación del deber cumplido, como si el sol que se iba poniendo fuera la cereza dorada y fresca que baña el esfuerzo del día. La calle Lavalleja es demasiado angosta para el tránsito que se entronca por sus dos carriles. En la tardecita se satura bastante. De hecho, hay un colegio que ha crecido mucho en la esquina de 18 de julio. Es el acceso a varias de las escuelas del centro y el pasadizo casi obligado entre Camino Velázquez, que comunica con Maldonado Nuevo y con San Carlos, Joaquín de Viana, que desemboca en las salidas a la playa y Camino Lussich, que es una vía bastante rápida desde el oeste. Aun así, me da para observar las catalpas que flanquean la calle

y para calcular cuánto más les resta antes de quedarse sin hojas y mostrar las fachadas de la arquitectura sin gracia de esa zona. Hay una humedad limpia en el aire y dejo que entre por mis oídos la música del mp4 recientemente adquirido. Suena Patty Griffin. La voz es clara y profunda, muy propicia para los atardeceres. Ya había respirado una puesta de sol con ella desde el muellecito que está abajo del puente de La Barra. El agua del arroyo iba cambiando de colores como un espejo que se deslizaba suave. Ahora la sensación es parecida pero hay un vientito que mueve un poco las cosas, uno de esos que sacuden las hojas como para que se desembaracen del exceso de agua, de los que se suelen asociar a la libertad en forma de copas de follajes o cabelleras. Hasta tal punto siento eso que me da la impresión de que a mí, que soy pelado y nunca tuve mucho pelo, también me ondea la melena con el airecito cuando Patty canta una canción con reminiscencias del sur de los Estados Unidos, uno de esos llantos esclavos de la plantación de algodón. Empiezo a acordarme de un amigo que tiene el pelo largo y alma sureña. Tiene una bicicleta parecida a la mía y sale, igual que yo, a dar paseos con los auriculares puestos. Estoy seguro de que le gustaría mucho Patty Griffin y se me dibujan las ideas que él relacionaría con esa música, unas que yo no tendría. Pienso en los nombres sagrados del soul, del blues, del jazz, voy viendo sus caras, negras casi todas, intercalándose entre las de la gente amontonada sobre las motos, entre los peatones, en algunos autos. A unos cuantos de ellos me parece que ni siquiera los había escuchado jamás y ahora los siento como viejos conocidos. De algún modo, soy otro. Es una vaga sensación que gira por debajo de los ruidos de la bicicleta que me va acercando

a casa, con el automatismo de la costumbre, siguiendo por Lavalleja hasta Leonardo Olivera, que corre paralela a Velázquez y más tranquila, doblando por Aguilar hacia el Bulevar, tomando las calles cada vez menos transitadas hacia el Biarritz, un barrio extraño donde las viviendas blancas se parecen al pueblo artificial que hay en una isla colonizada por una empresa estadounidense, todas iguales, prolijas, irreales. Dejo la bicicleta apoyada contra el murito de adelante, casi tocando el macetón donde hay un único tallo espinoso y raro. Cada detalle brilla como si fuera nuevo, como por ejemplo las cascaritas de pintura que se van despegando de la puerta, del marco. La llave gira fluidamente en la cerradura y el ambiente está ahí, ambarino, como preservando una esencia arcaica. Es el efecto de las cortinas naranjas que, a esa hora, acaparan los últimos restos de la luz. Hay unas plantas. Las hojas están quietas, como antes o después de las tormentas. Pienso que no es común que me pase, pero la realidad cambia como una casa abandonada donde van cayéndose las paredes mientras crecen los yuyos con troncos cada vez más grandes y algunos animales se avecinan cuando se han asegurado de que no habrá hombres que los corran. Tal vez la sensación de extrañeza venga del polvo que traigo pegado a mi piel, convertido en una fina capa de barro que ha enfriado el aire. Decido bañarme. Dudo y subo la escalera. Me desnudo y bajo el agua me toco por los dedos hipersensibles de tanto manipular cartones rugosos.

A falta de decisión, me pongo lo primero que encuentro en el ropero y me recuesto en el sillón, desorientado. No es la primera vez que me pasa eso de estar como tábano sin cabeza, a lo que se le agrega una molestia creciente con mi

pelo, que si no lavo con mi champú no tengo forma de sentirme cómodo.

2

Me pasa con otras cosas también, como el cepillado de dientes. O ir a determinada hora al baño. El cumplimiento de las rutinas me da cierta calma, a tal punto que a veces, en épocas vacías, me lleva en andas y puedo permanecer apagado durante varias horas y volver como de milagro a la vida para dar curso a los ritos. Quién sabe no sea algún tipo de conducta adictiva. Pero lo cierto es que podía trazarme un mapa del día de acuerdo a si tenía hambre, si estaba con ganas de ir al baño, sentía sueño u otras cosas físicas verificables. Y el sistema estaba fallando. Me extrañaba tener hambre a esa hora. Por alguna razón, no conseguía recordar si había almorzado fuera de hora o si no lo había hecho en absoluto. Una parte de mí parecía quejarse de haber comido mal y a deshoras y a la otra le resbalaba el problema. Sentí que lo único que me podía anclar a la realidad era la música porque, de hecho, el único recuerdo sólido que me quedaba del día era ir pedaleando y dejarme llevar por una voz suave y profunda. Se me ocurrió que algo de jazz no me vendría nada mal. Mis discos, no encontraba mis discos. Había un montón, de los cuales solo conocía unos pocos. Tal vez fueran los efectos de la última mudanza, mi inestabilidad sentimental debía estarme cobrando unos impuestos sorpresivos. No recordaba haber salido tan desfavorecido en la separación y empezaba a crecer en mí la idea de haber sufrido algún tipo de revancha. De todas

maneras, la computadora estaba ahí con todos esos gigas de música bajada o emepetrizada. Dizzy Gillespie tenía que estar ahí pronto para tirarme una soga. La sensación de extrañeza parecía aumentar a medida que prendía la computadora e iba hacia la carpeta de música. Me parecía que los tiempos de la computadora estaban alterados, como si demorara un poco más en activarse. Y, en la carpeta de música, me sentí totalmente desorientado cuando Dizzy, sencillamente, no estaba, siendo que yo sabía que había una carpeta con diez discos. Tampoco estaba Satchmo y no había señales de Hooker, ni de Andy McLeod ni de Ragymore. En su lugar había una mezcla de músicos brasileros de los que nunca había sentido hablar con algo de country y unas carpetas que decían "meditación" o "yoga". No era mi música, pero tampoco la de Andrea. A cada paso que daba se acentuaba la sensación de interferencia o de que algo andaba muy mal sin que pudiera hacerme una idea de qué podía estarlo causando y ni siquiera de qué se trataba. Me parecía que tenía la tarde libre, el tiempo me sobraba. Después de hacerme un refuerzo de jamón y queso y un café con leche, agarré el control de la tele y empecé a apretar el botón del mismo modo que los fumadores van gastando los cigarros uno tras otro. No había nada, pero era nada en portugués. Los canales se sucedían con el sinsentido habitual, pero eran incomprensibles. Era una de esas antenas parabólicas que captaban el satélite de los canales brasileros pero, ¿por qué estaba descubriéndolo? ¿No tendría que resultarme habitual e incuestionable? Supuse que estaba ingresando en el terreno pantanoso que divide la vigilia del sueño y me di una palmada en la mejilla, como siempre decía mi padre que hay que hacer. No noté cambios, no

estaba durmiéndome y, por el contrario, estaba tan alerta como alguien que de repente está conociendo un lugar nuevo y se fija en todos los detalles. Y esos pormenores, para mí, no hacían más que ahondar mi distancia respecto a la sala. A esas alturas, las paredes me resultaban extrañas y no recordaba haber pisado esas baldosas nunca antes en mi vida. Presa de la desesperación más absoluta, resolví volver a la computadora. Me dije que releería la novela que venía escribiendo. Tal vez lo mío se tratara de un síndrome de abstinencia creativa puesto que hacía como dos días que no escribía ni una línea. Una niña hacía los deberes mientras en la casa pasaban cosas que no entendía entre sus padres y otra mujer que llegaba. Venía manteniendo en silencio la identidad de esa mujer, que instalaba la ambigüedad en el relato, tenía planeado dar una vuelta de tuerca en cualquier momento. Y la carpeta donde debía estar mi texto no existía. Revisé minuciosamente el escritorio, la carpeta "mis documentos" y todo lo que pudiera contener archivos y vaya si encontré cosas. Un relato sobre un marinero, uno de un detective infiel, una colección de sonetos enrevesados y algo que parecía ser una novelita inconclusa, dividida en capítulos cortos identificados por números. Leí poco y superficialmente, lo suficiente para darme cuenta de que yo no podía haber escrito eso de ninguna manera. Mi novela no había dejado rastros en la computadora, ni siquiera en la papelera de reciclaje. La máquina se sumaba al convencimiento creciente de que todo lo que me rodeaba era ajeno. Me llevé las manos a la cabeza y estas se deslizaron por la lisura de la calva.

3

Mis libros, pensé. De pronto me desesperó la idea de no encontrarlos. Pensé en las obras completas de Borges, en la colección de literatura rusa que me habían regalado, el estante casi completo con las biografías de todos los negros, todos los libros que había ido comprando usados en mis viajes a Buenos Aires. Los de Faulkner, los mundos mágicos de Kyle McLeash, los cuentos ácidos de Francis Canetti. Me acordé de que la otra vez había hecho el cálculo después de leer un artículo en una revista donde decía que, a los cincuenta años, una persona llevaba dormidos cerca de veinte. Y yo, a mis treinta, debía llevar por lo menos cinco años leyendo, a veces haciendo frontera con el sueño, en otros momentos quitándole minutos a la cuenta del descanso. A mí me ha pasado mucho de emocionarme, de putear, de excitarme, qué sé yo, de que los libros sean lo que para otros es cualquier cosa de la vida cotidiana o de las vacaciones. A veces fantaseo que me saco el 5 de oro, entonces compro un terreno y construyo. Como tengo plata, le digo a un arquitecto cuáles son mis ideas que, en realidad, nunca consigo desarrollar más allá de mi prioridad, que es un cuarto para leer, con una claraboya y una ventana esquinera para tener una buena iluminación, sin olvidar las bibliotecas empotradas en las paredes opuestas y una especie de sillón que no sé si existe, uno que cumple con todas las exigencias de mi cuerpo a la hora de leer porque, hice los cálculos, me paso más o menos la cuarta parte del día leyendo y otra tajada grande escribiendo, mi vida es así. Me dije que los libros eran la única cosa que me podía rescatar del estado de locura que estaba viviendo. No conseguía dar

con una hipótesis razonable para explicar el cambio de mis textos por esos otros, ni lo de la música o la televisión. Perdida la biblioteca, tal vez debiera abandonar toda esperanza. Entonces miré el mueble con aprensión, temiendo lo peor. Ya no sabía si lo que veía era algo real o un producto de mis fabulaciones. Tal vez fuera una fase nueva en el proceso de creación. Al principio me costaba cierto trabajo imaginar la historia pero con la práctica se me fue haciendo natural y como que se iba haciendo sola. Después, como los actores, intenté caracterizarme por dentro, tratando de pensar y sentir como los personajes. Visto de afuera, parecía un loco bárbaro, pero después los textos sonaban naturales y de lo más cuerdos. La gente me decía que le parecían vivos y yo me quedaba callado pero por dentro me cagaba de risa, si vos me vieras, pensaba y ahí agradecía con un gesto que le había copiado a Barry Sivlinsky. Ya no sabía si el mueble ese tan prolijo, con puertas vidriadas, era en definitiva mi biblioteca o no. Me parecía que no, pero perfectamente podía ser una trampa de la percepción. Capaz que, en definitiva, lo que me estaba pasando era que estaba viviendo la vida de un personaje. En una de esas, si abría la puerta de la biblioteca podía volver a la normalidad. Este último pensamiento me asaltó cuando ya estaba a punto de abrir y vislumbraba las siluetas de los libros. Dudé. ¿Qué iba a hacer si tampoco estaban mis libros? El miedo pudo más y me negué a responderme. Abrí la puerta. Había libros. Ya no me sorprendía que la distribución fuera completamente diferente a la que esperaba encontrar. A primera vista vi uno que me tranquilizó: la obra poética completa de Borges. Pero al lado tenían que estar los otros tomos. Y no tenían que estar todos esos otros de poesía, yo no leo poesía, tendré

dos o tres si tengo, mucho menos en portugués como había. Decidí que tenía que actuar con calma, por lo que me puse a examinar el estante concienzudamente. No había grandes nombres de la poesía, eran más que nada autores nacionales, en general malísimos. A varios de ellos los había oído nombrar y a algunos los había visto en algún lugar. Unos cuantos representaban algo que para mí era lo contrario de la literatura, una especie de pose cuidadísimamente despeinada sin el menor interés. Pero también había cosas buenas, a las que terminé por no darles pelota porque, atrás de los sonetos de Lope de Vega y de Drummond de Andrade había una revista porno en toda regla, de las que van más a los bifes, a juzgar por la tapa, que mostraba la espalda y el culo de una mina que miraba hacia atrás, relamiéndose, mientras por abajo recibía la dotación descomunal de un tipo al que no se le mostraba la cara. Por un momento, casi me pareció que estaba teniendo una idea para escribir un soneto, lo cual se me antojó una especie de yuyo que no tenía por qué aparecer ahí. Y menos un texto como el que vislumbraba, que hablaba de eyaculación y cosas de esas. Me extirpé la idea fácil, yo nunca haría eso. Y pasé al siguiente estante, que estaba todo en portugués. Conocía a algunos autores, justo el libro que tenía como cuatro señaladores marcando páginas era de un autor de quien nunca había oído hablar. Me dejé llevar por los marcalibros en mi exploración y vi que eran unos poemas interesantes, aun cuando a mí la poesía en general me parece medio al pedo. Más abajo, había novelas, de las cuales yo había leído varias pero las otras eran ajenas. Esa era la biblioteca de otro tipo. ¿Y ahora? Estaba lo suficientemente desesperado como para haberme despertado de haber sido un sueño. Y, por el

contrario, abandonado a la sensación cada vez más firme de pérdida, miraba todo a mi alrededor como se ve algo por primera vez. Los sillones, que jamás había visto en mi vida, el propio televisor, nada que ver con el mío, las baldosas de otro color, la casa de dos pisos y con escalera, si yo no tenía escalera en casa. La biblioteca era de otro tipo, pero por lo menos había una. A falta de otro punto de apoyo seguro, abrí un libro de cuentos de Machado de Assis porque estimé que la dificultad con el idioma me absorbería la atención y podría dejarme llevar. Iba ya varias páginas cuando escuché que una moto frenaba frente a la puerta. Se oyeron pasos y la llave giró en la cerradura.

4

No se suponía que nadie tuviera la llave de casa. Andrea me había dejado la que tenía. Chorros no debían ser porque en general no usan llaves para entrar a las casas. Mirado desde una perspectiva actual, podría pensarse que no debería haberme asombrado ese detalle si hubiera tenido en cuenta todo lo anterior. Sin embargo, estaba sumido en una escalada de extrañezas por la cual sentía que me habían despojado de mi mundo. Estaba congelado con el libro en las manos cuando vi bajar el pestillo con un detenimiento que nunca antes había experimentado. La puerta se abrió y entró una mujer. Me saludó con una mezcla de familiaridad y enojo para la cual no identifiqué causas. Siguió hacia la cocina, donde dejó las cosas y se puso a fregar con furia sin siquiera cambiarse de ropa o ir al baño, al tiempo que yo intentaba entender la conjunción entre su cara, la perso-

na con que a su vez yo la asociaba y que entrara a mi casa como si fuera la suya. Todavía con el libro en las manos, miraba al vacío, presa del vértigo más absoluto. ¿Y si esa no era mi casa? No podía ser, pero cada paso que daba me hundía más en una especie de prenda con la forma del cuerpo de otra persona. Era lo mismo que cuando uno se golpea fuerte, solo que todo mucho más gradual, como en cámara lenta. En esos casos, uno se da cuenta de que el dolor no es instantáneo. En el momento del impacto, uno recién está todavía temiendo recibirlo. Y la consciencia dolorosa del suceso viene después, distanciada del golpe por los trámites que hace el cerebro.

–¿Y? ¿Pensaste? –dijo, con el repasador en las manos, secándose.

–No, no… –balbuceé, sin tener idea de qué era lo que tenía que pensar.

–O sea que seguimos dejando las cosas para atrás, tú dale nomás, sigue nomás con el libro que total soy yo la que se tiene que encargar acá –fue levantando el tono y a la vez quebrándolo, hasta terminar en franco llanto, y subió las escaleras pisando fuerte.

No sabía qué era lo que tenía que pensar. Estuve a punto de decírselo. Me detuvo lo que ahora era la certeza de estar en una conversación ajena. Estaba ahí congelado con el libro mientras ella lloraba espasmódicamente en el cuarto. Me había separado hacía poco, por lo que me encontraba sensible, aun cuando la decisión había corrido por mi cuenta. Estaba aburrido de Andrea, siempre con sus exigencias que no me dejaban escribir tranquilo. Además, había desaprovechado dos o tres oportunidades bien interesantes nada más que por mantenerme fiel a ella y no veía las ga-

nancias. Ni siquiera teníamos sexo. Las cosas en la casa las hacía casi todas yo. Tampoco salíamos juntos. A la casa la había conseguido yo y también pagaba el alquiler. Me costaba decirle que se fuera, no quería dejarla tirada. Hasta que llegó el punto en que me costó más tenerla en casa y le dije que ya estaba. Hacía pocos días de eso y se iba a quedar hasta que se consiguiera un lugar para vivir. No veía la hora de que se fuera de una vez y ahora había una mujer enojada conmigo y llorando en el cuarto. El sol se iba poniendo. La habitación se quedaba a oscuras y se me ocurría que las historias de horror no necesariamente suceden en castillos tormentosos. Por lo menos en lo oscuro no estaba expuesto a ver todas esas cosas que a cada minuto que pasaba veía menos mías.

La calle se iba callando y el llanto que venía de arriba también. Mi mente bullía sin poder dar una respuesta coherente, hasta que decidí renunciar a mis intentos y dejarme llevar por la lectura, que probablemente fuera lo único que pudiera sedarme. Tras cierta búsqueda, encontré un interruptor y me dispuse a intentar incluirme en esa escritura lejana.

No había completado el cuento cuando sentí los pasos bajando. Tenía la cara descompuesta por unas lágrimas cuyo origen yo desconocía.

–¿Vamos a hablar, Mauricio? –musitó.

Claro. Mauricio. Ella era la novia de Mauricio.

5

La quedé mirando con la cara más inexpresiva de que fui capaz. Yo era Mauricio ahora y tenía que tratar de actuar como él. Los segundos transcurrían lentos. Ella me miraba como esperando que tomara la iniciativa. No tenía idea de cuál habría sido el problema y mucho menos de cómo podía solucionarlo. Con Andrea era distinto porque era yo el que veía las cosas que andaban mal y proponía cómo arreglarlas. Y era ella la que se mantenía en una actitud pasiva. En ese momento, con la mujer de Mauricio en frente y esperando un movimiento mío, se me pasó por la cabeza que lo que no funcionaba con Andrea era eso, que hacíamos las cosas con una intensidad muy diferente. Mientras yo intentaba tener todo en funcionamiento para poder sentarme a escribir tranquilo, y lo hacía, ella siempre estaba complicada por algún detalle mínimo que la agobiaba y la sumía en una depresión conveniente para la cual se automedicaba con horas de cama y televisión. También pensé que, para esta mujer que me exigía, yo era Mauricio, y no tenía la más pálida idea de cómo actuaría él en una circunstancia así. Deduje, sin embargo, que su postura beligerante solo podía existir si Mauricio era más bien pasivo, lo cual me daría un margen mayor de acción o, traducido en términos concretos, más segundos para seguir callado y decidir qué decía, tiempo durante el cual fui estudiando todas las posibilidades, como si se tratara de una pregunta de un examen para el que no se ha estudiado lo suficiente. Terminé por decidir que necesitaba ganar más tiempo.

–Mirá, la verdad es que prefiero no hablar ahora, necesito pensar.

Se enojó, se dio vuelta y se fue de nuevo al cuarto. No le había mentido. Pensaba, por ejemplo, cómo había terminado ahí, en la casa de Mauricio y, probablemente, con su cuerpo. No podía mirarme al espejo porque eso al parecer suponía subir las escaleras. Entonces vi la computadora y se me ocurrió que podía obtener mi imagen de la camarita. La computadora claramente no era la mía y mucho menos las cosas que tenía adentro. Ya no sentía que estaba loco ahora que había aceptado que lo único que me había pasado era que había entrado en el cuerpo de Mauricio. No era tan grave, después de todo. El loco tenía libros, la casa estaba buena y, por lo que pude reconstruir de la memoria a corto y a largo plazo, trabajábamos de lo mismo. En una época habíamos sido bastante amigos y después habíamos dejado de vernos. Me pareció que podía ser divertido el tiempo que tuviera que estar en su cuerpo porque, claro, no se me ocurrió pensar que no fuera a ser transitorio. Encontré el ícono de la cámara e hice clic. Ahí estaba. La cabeza pelada. Los ojos, la nariz, todo tan igual a sí mismo y a la imagen que tenía de Mauricio. Se me ocurrió que podría explorar el resto del cuerpo. El tamaño de las rodillas, descubrir la forma de la uña del meñique del pie, saber si el lóbulo de la oreja estaba pegado o separado. Pensé en el abdomen, donde se procesan y se muestran tantas verdades. Desistí de la exploración cuando pensé en los genitales, sobre los cuales me atemorizó saber qué sorpresa me depararían. Entonces preferí explorar en la computadora porque me resultaba menos incómodo revisar los documentos de Mauricio que dentro de sus, o mis, calzoncillos, aun cuando sabía que seguramente no fuera más que una postergación porque en algún momento tendría que bañarme.

Iba a abrir una carpeta cuando se me ocurrió probar con el msn. Tal vez hubiera hecho como yo y lo tuviera automático, sin necesidad de escribir la contraseña.

Tuve suerte. Había hecho lo mismo que yo. Preferí mantenerme invisible. Pero se ve que él había pensado un paso más allá de lo que yo había hecho. Porque "Sebastián" aparecía conectado. Y ese no podía ser otro que yo mismo.

6

Mauricio dice: ¿Mauricio?

Sebastián dice: ¿Sebastián?

Mauricio dice: Sí

Sebastián dice: Sí

Mauricio dice: O sea que vos también…

Sebastián dice: Se ve que sí.

Mauricio dice: ¿Dónde estás vos? Yo estoy en tu casa.

Sebastián dice: En la tuya

Mauricio dice: ¿Está el perro? Viste que la comida está abajo de la mesada de la cocina…

Sebastián dice: Sí, cuando me di cuenta ya le había dado de comer. ¿Cómo se llama?

Mauricio dice: Gattuso se llama.

Sebastián dice: ¡Qué hijo de puta! Jajajaj

Mauricio dice: Che, hablando en serio… No es por meterme, pero, ¿qué pasa con tu novia? Yo estaba ahí tratando de leer y llegó bastante enojada. Me quería hacer hablar de

algo y yo no tenía idea, entonces le dije que precisaba pensar, ¿qué hago?

Sebastián dice: La verdad, no me vas a creer, pero no me acuerdo bien… Con todo esto… Seguramente dije algo… la verdad es que no tengo idea.

Sebastián dice: Mirá, hacé esto, decile que te equivocaste, que fue la emoción del momento. Es probable que te diga que se sintió herida y seguramente te mencione alguna vez pasada, entonces ahí te quedás callado y mirás para abajo y negás con la cabeza como si estuvieras arrepentido. Abrazala. Tenés que decirle "mi cosita" y ahí se empieza a ablandar.

Mauricio dice: Y si…

Sebastián dice: Bueno, después no sé, vos inventá o, ¿para qué sos escritor?

Sebastián dice: Ah, difícilmente quiera sexo. Va a llorar un poco y eso, te va a pedir que te pongas cucharita pero nada, tranquilo. Y bueno, si llega a pintar vos dale, puede ser una experiencia interesante. Cualquier cosa me contás, capaz te das cuenta de algo y me sirve.

Mauricio dice: Quedá tranquilo.

Sebastián dice: Yo con eso estoy tranquilo. Ahora, ¿vos te separaste o seguís con Andrea?

Mauricio dice: Nos separamos, sí. Y si aparece no la dejes conversar ni acercarse mucho. Si sentís que se puso un perfume medio suave, huí como si fuera la peste, me esclaviza la nariz.

Sebastián dice: Lo que me preocupa es el laburo. ¿Ya tomaste todas tus horas? Por mí, ya está bien, después te

paso todos los piques. Podríamos mandarnos las planificaciones…

Mauricio dice: Tenemos que encontrarnos. ¿Te parece si voy ahora?

Sebastián dice: No, mejor dejá para mañana que se te va a complicar en casa…

Mauricio dice: Dale, abrazo.

Sebastián dice: Nos vemos.

7

Los escalones parecían los de un cadalso, aun así como estaban, reflejados por la luz tenue de la pantalla de la computadora. Cuando era adolescente, me había devanado los sesos varias noches pensando en cómo podría seducir a una mujer, incluso sin tener datos precisos de qué podría pasar si esta accedía. Ahora, cuando ya lo sabía, sentía un terror indecible. Lo peor, pensaba, era que no me disgustaba la posibilidad. La mujer de Mauricio era bastante linda, o peor: era muy linda. De hecho, tenía que hacer uso de la imaginación para hacerme a la idea de que al otro no le importara la mujer. La convivencia, se dijo, eso lo podía arruinar todo, el tema del hábito, pensé. Aunque no era lo que le había sucedido con Andrea porque la relación que tenía con ella había estado mal siempre. Para mí había sido casualidad. Estaba en el cumpleaños de un conocido en común y se puso a hacer preguntas. Demostraba una admiración por cada comentario mínimo que me pareció desme-

dida. Decía cosas como "¡qué copado!" y el lenguaje del cuerpo daba a entender que se estaba meando y tenía chuchos, el mismo contoneo leve emitían las caderas. Mirado a la distancia, casi desde el punto de vista de otro, me vi a mí mismo encantado con las atenciones, y también un poco vulnerable a los elogios. Venía de una fase un tanto depresiva y ermitaña, por lo cual Andrea era un foco de luz que me iluminaba como si fuera una figura. Le permití que me viera como una estrella desde un primer momento en la parada, impregnados de una luz azulada idéntica a la que ahora veía. No había puesto un freno cuando ella dijo que le encantaba escucharme y se había puesto a una distancia propicia para que resbalara por la trampa del perfume y cayera en su boca, segundos antes de que el ómnibus pasara de largo. La historia se veía clara como la radiografía de una fractura. Se trataba de una sucesión de emboscadas en las que era la víctima por más que me acusara de lo contrario. Nadie es figura con la luz de una portátil, así que el desarrollo fue tan previsible como literariamente anodino. Pasé de recibir elogios inmerecidos a escuchar protestas por lo que no era o no había hecho. La única débil ventaja que llegué a tener fue que a ella no le gustaba trabajar, por lo cual no podía dictar toda la ley de la relación. Por otro lado, eso mismo le daba a Andrea horas de margen para instalar trampas y le facilitaba la pose de probable desalojada inerme, la que le ganó unos meses de ventaja antes de que yo terminara por estallar y le dijera que no me importaba un rábano, que se fuera a vivir con la amiga si era tan amiga pero que a mí no me rompiera más los huevos.

Escaleras arriba esperaba la trampa de lo desconocido. Tracé un plan de acción minimalista. Quise mantener

la armadura silenciosa que el desconcierto me había permitido mostrar en el primer embate. No iba a decir palabra. El plan era acostarme y mirar para otro lado. Por lo menos así ganaba toda una noche de ventaja. Al otro día de pronto me despertaba de un mal sueño y pronto.

Apagué la computadora. La cerré despacio para no hacer ruido, tras lo cual empecé a subir descalzo, apoyando los dedos gradualmente. Ya arriba, intenté bajar al mínimo la respiración para oír la de ella, que esperaba fuera pesada, dormida, cosa que me resultó incomprobable por falta de experiencia en el asunto. Después de cumplir el ritual inevitable de los dientes, también con el mayor sigilo, me introduje en el cuarto, que debí explorar con el tacto como si se tratara de territorio enemigo. De ese modo reconocí el perímetro de la cama preguntándome en qué narración satírica de Woody Allen había leído algo similar a lo que estaba haciendo. Por lo menos no tenía puesto un piyama ridículo. Identifiqué por dónde tenía que entrar a la cama y traté de hacerlo con el mayor de los cuidados. Levanté delicadamente el acolchado. Lo abrí lo mínimo indispensable para introducir el cuerpo sin que se rompiera el delicado equilibrio de silencio y, además, temiendo encontrarme con el calor de una pierna ajena en el camino. Agradecí que la cama no fuera ruidosa mientras ya penetraba sábanas adentro, atenazado por la mayor tensión que sufriera al entrar a una cama en toda mi vida. Sentí ganas de festejar cuando conseguí meterme entero. No obstante, decidí que lo mejor que podía hacer era controlar rigurosamente la respiración. Había escuchado algo de que los santones de la India conseguían hazañas increíbles gracias a su pericia pulmonar. Llegaban al extremo de vivir cientos de años sin comer ni

tomar agua levitando en una caverna en medio del Himalaya. Después estaban también los del sexo tántrico, que no solo aguantaban el aire. Pero yo lo único que quería era pasar desapercibido. En eso se iban todos mis esfuerzos.

8

–¿Cómo estuvo la mudanza?

La pregunta sonó como un tiro que quebrara una copa de cristal delicadísima colgada de una telaraña. Además, estaba más preparado para una andanada de reproches. Tal vez sus retahílas de reclamos empezaran de un modo amable para ablandar al entrevistado y lanzarle subrepticiamente las preguntas asesinas. En ese caso, estaría empezando por algo fácil, con una respuesta alejada de las emociones. Lo que ella no sabía era que no me acordaba de haber estado en ninguna mudanza.

–Bien –respondí para ganar tiempo, mientras intentaba forzar la memoria. Ahí estaba yo recién bañado. Me llamaba la atención el reflejo naranja en la biblioteca. Los libros distintos empezaban a descolocarme, llegaba ella, la computadora, Mauricio, ahora ella de nuevo. Junté los dedos y noté una sensibilidad extraña. Seguro, cartón –pienso en cartón y me erizo –agregué como forma de darle verosimilitud a la contestación.

–¿Te cansaste mucho?

La charla tomaba un derrotero insospechado. Resolví aprovecharlo.

–Sí, quedé deshecho.

Sucedió lo que temía. Noté cómo giraba hacia mí y una de sus manos se apoyaba en mi abdomen.

–Perdón, estuve mal –continuó sorprendiéndome, a la vez que se aproximaba un poco más. Eso significaba que la culpa no era mía, o no del todo o, mejor dicho, de Mauricio. Tenía que tener claro quién era yo mientras intentaba hacer el papel más digno y recatado posible de Mauricio dadas las circunstancias–. No tendría que haberme enojado así por esa pavada.

–Está bien, no pasa nada.

Eso era precisamente lo que temía. Estaba sintiendo el efecto de esa mano.

–Lo que pasa es que todo el tema de la oficina me tiene mal, tú no tienes la culpa, mi amor –agregó, pegando su cuerpo de manera más definitiva y tibia. Sentí el roce de los senos a la altura del brazo. Pensé en Kant y en Epicuro, pero no sabía qué era lo que tenía que hacer ni si sería capaz de dejarme llevar por el placer que se abría camino en mi cuerpo. Ser Mauricio o no ser Mauricio. ¿Cómo era Mauricio en la cama?

–Está bien, está bien –dije con tono indeciso.

Susurró en mi oído y supe que estaba en su poder.

–Espérame un segundo, ya vengo.

Se levantó y caminó hacia el baño. En medio de la oscuridad, intenté urdir algún plan, no sabía si de escape o de ataque. Instintivamente, llevé la mano hacia la entrepierna. El contacto se sentía natural. Y me salió al cruce la idea de que aquello no era mío, nunca lo había visto. Era como cuando uno es chico y solo anduvo en una bicicleta, entonces

te prestan una distinta y hay que adaptarse. La incomodidad retrajo un poco la excitación. Era, de algún modo, como estar tocando a otro hombre. Escuché la meada de ella. La cisterna. La puerta del baño emitía un resplandor amarillento. En la pared iluminada del pasillo se recortó la silueta desnuda. Las caderas se contonearon chinescas. La vi venir. Gateó sobre la cama. Encontró su boca con la mía. Sentí su lengua fresca y, de algún modo, consiguió sacarme las sábanas de encima. Tenía un cuerpo hermoso que brillaba levemente, bañado por la claridad que lo delimitaba. Los pechos se cernían sobre mí hasta que llegaron a posarse blandamente en mi torso, para después deslizarse sedosamente en su camino hacia abajo, hacia un destino que, al ser alcanzado, me haría olvidar que el lugar más activo de mi cuerpo me era desconocido ya que, sin haberlo visto nunca, sentía sus impulsos a partir de los estímulos que recibía, que de pronto pasaban a ser húmedos. Me parece que sonreí. De cierta manera, estaba viviendo el sueño de los casados: una mujer nueva en la cama y exenta de los riesgos y conflictos que un cambio de esos implica. Ya no había un camino de vuelta. Tenía la boca caliente y me transmitía un gusto que debía ser mío. Gradualmente me había ido dejando ir siguiendo los impulsos de ella. Los movimientos se fueron sucediendo vertiginosos, arqueados, hasta que, naturalmente, estuvimos encastrados, rozándonos por dentro. Era distinto. No sabía si era que la tenía diferente o si era el contacto con su interior. Ella estaba arriba, quizás eso influyera, se apoyaba con una mano en mi pierna y cimbraba todo el cuerpo para arrancarse el placer. Su respiración era fuerte y cada vez más entrecortada. Empecé a sentir una puntada que intenté mantener bajo control para

extender el momento y, segundo a segundo, se fue haciendo más autónoma y excluyente. Sentí que me iba.

9

Quise mantenerme ahí pero el orgasmo se hizo inevitable. Otras veces he querido aguantar con el resultado de que la sensación es más explosiva. No sé si serían los cuerpos desconocidos, el de ella y el que yo tenía, pero la acumulación de placer rebasó con mucho los mejores recuerdos, se extendió, irradiándose por todo el cuerpo, yendo y viniendo en relámpagos incontrolables, me sacó completamente de los cabales durante un tiempo en el que no pude saber otra cosa que no fuera eso. Parecía como si estuviera volcando todo mi ser en la eyaculación. Podría decirse que perdí la consciencia y solo la recuperé con la visión de la mujer debajo de mí, sudorosa, con los ojos cerrados, que me preguntaba si había acabado y yo le respondía afirmativamente, tras lo cual me pedía que quedara adentro un poco más, un poco más, un poco más, la sentí buscar y apretarme las nalgas con las uñas.

Tembló el haz de luz de la portátil de la cama sobre la queja grave del saxo de John Coltrane que venía de la cocina. Me acarició la espalda con un gesto manido, familiar, mecánico, como el de acomodarse la ropa que se tiene puesta. Introdujo sus dedos como un peine en mi cabeza. Estoy segura de que va a ser varón, dijo. Estuve de acuerdo, yo también lo había sentido. Una vez un conocido me contó que se había dado cuenta de que iba a tener un hijo en el

preciso momento en que lo hacían con su mujer. Le creí. Solo me quedó la intriga de cómo lo habría sentido, de cómo habría hecho el niño para manifestarse en un momento así. Era simple, ahora lo sabía, eso es algo que se sabe y nada más. Fue claro que mi vida había cambiado para siempre. A partir de ese momento iba a tener que guiar a otro en las cosas más elementales. Tendría que vigilar cada uno de mis actos porque iba a estar bajo una vigilancia implacable. Incluso la forma de relacionarnos la madre y yo quedaría marcada y condicionaría sus futuras relaciones con las mujeres. Con Andrea sería trabajoso. Ahora debía estar bien, tal vez satisfecha, pero en el día a día podía ser insoportable. Por algo había terminado con ella, incluso con ciertos malos modos. Entonces, ¿qué hacíamos en la cama, acabándonos de dar cuenta de que íbamos a tener un hijo?

Salí de dentro de ella y comprobé que el desastre era bien posible. No me había puesto condón. Mauricio de mierda. Le dije, pensé. Seguro que ella aprovechó buscando encontrarme con las defensas bajas y el muy hijo de puta no se aguanta y se la coge. Está bien, yo venía de hacer el amor con su mujer pero, pienso, tampoco me había puesto preservativo. ¿Había intervenido mi voluntad en el polvo? ¿O simplemente había quedado ahí, totalmente a merced del avance sexual de la mujer de Mauricio, y él a su vez de la seducción de Andrea? ¿Era un mal sueño? ¿Había estado realmente en la casa de él, con su mujer? ¿Y él en la mía? ¿O no pasaba todo de un estado alucinatorio como consecuencia del cual había vuelto con Andrea y corría serio riesgo de tener una relación con ella de por vida? La cama era la mía, eso estaba claro, igual que la portátil, las paredes.

El disco de Coltrane era inequívoco y muy probable en esa situación. Fui hasta el baño y el goteo de la canilla del lavatorio fue otra confirmación. Abrí la puerta y Gattuso se abalanzó queriendo entrar. Lo empujé con el pie mientras asomaba la cabeza y escuchaba que el aire estaba cargado de los ruidos de mi barrio. Cerré. La mochila de Andrea. Volví al baño y no vi su cepillo de dientes, pero eso no significaba nada. Lo instalaría quizás al otro día. Todo el ambiente tenía la densidad del hecho consumado. Miré cuarto adentro y la vi, extendida como una maja desnuda de espaldas, relajada, dorada como un bizcocho caliente, pronta para ser disfrutada. En un primer momento había querido reventarlo a Mauricio. El tipo había hecho exactamente lo contrario de lo que le había dicho, quién sabe por qué, claro, yo no sé qué representó lo mío con su mujer, pero pasaba de haber logrado separarme a tener la clara percepción de que iba a tener un niño. La computadora estaba prendida. Podía usar el msn de nuevo. Era probable que se encontrara en el mismo estado de desconcierto que yo. Andrea se movió en la cama y vislumbré uno de los pechos en reposo. Mensaje de texto no le iba a mandar a esa hora. El giro la dejó de frente a mí. Maja desnuda. Sentí una ola de deseo cariñoso. ¿Y si solo yo había pasado por esto? Acaso le mandara un mensaje enigmático que pudiera entender nada más que habiendo vivido una situación análoga. La abracé. El calor de su cuerpo no era compatible con la planificación del texto para Mauricio, nadie piensa en otro tipo cuando abraza a una mujer como yo lo estaba haciendo. A lo sumo, decidí, algún día nos encontraríamos por ahí y lo miraría con curiosidad, le preguntaría por Machado de Assis o me interesaría como un cumplido por su mujer.

Vudú

Había leído una nota en la que se hablaba de una mujer centenaria que llevaba más de setenta años internada. A lo sumo emitía un murmullo y no respondía a nada. En algún momento se habían extraviado sus antecedentes, razón por lo cual su nombre había caído en el olvido y, por lo que el periodista había podido averiguar, nadie se preocupaba tan siquiera por ponerle un seudónimo. Seguramente comía y no parecía que se pusiera mucho celo en su higiene aunque, claro, no había un modo seguro de identificar una fuente individual de mal olor. Estaba en todas partes, como si se tratara de una cloaca humana, un amasijo de olvidados.

Esa historia, que salió en un suplemento de fin de semana, fue una de las cosas que la impulsaron a meterse a la Facultad. Tenía diecisiete años y era ingenua. Su madre era una mujer complicada cuyos maridos duraban poco y dolían mucho. Se pasaba la vida trabajando y nunca conseguía salir a flote. Más de una vez la vio en crisis y tuvo que ser su apoyo. Entonces, desarrolló una independencia precoz que, años después lo habló con su analista, no pasaba de una cáscara. Frente a las inseguridades y angustias de la madre, se construyó una fachada alegre y desenvuelta que adornaba con colores y escotes. Le iba bien con la gente

y la carrera estaba de moda en la época, así que no lo pensó mucho. Después pasaron muchas cosas y, durante mucho tiempo, fue cumpliendo etapas y mirando hacia adelante.

La mujer centenaria y anónima no estaba cuando fue al hospital, años después de que tuviera que visitarlo a raíz de una de las materias prácticas de la carrera. Pero vio a un loco corriendo por el pasillo. Aullaba pidiendo ayuda y corría como una mujer asustada. Le resultó llamativamente familiar y solamente días después pudo darse cuenta de dónde conocía esa cara que había visto presa de quién sabe qué delirio.

Eugenio había aprendido algo en el aire sofocante de Haití que ni sus padres, ni el barrio, ni el grupo de jóvenes, ni el vestuario le habían enseñado, como tampoco había escuchado hablar una palabra sobre ello en la Facultad. Había leído el manual de instrucciones del ser humano pero no conocía al ser humano. Dominaba las teorías psicológicas a un nivel mayor del mínimo exigido. Había estudiado por gusto. Había filosofado largamente. Había cumplido con los rituales masculinos de alcohol y putas. Había explorado cómo una clase social penetraba a la otra. Había tenido varias novias, con quienes vivió la experiencia del amor, el desamor, abandonarlas, ser abandonado, las infidelidades propias y ajenas. Había probado de cuerpo entero algunas experiencias colectivas y no había avanzado hacia los terrenos de la homosexualidad por pura falta de interés. Había decidido en cierto momento que le daría una estabilidad a su vida. Se había casado y había tenido un hijo. Y también

había vivido la experiencia de la separación. Y tal vez a raíz de esto último había terminado revistando en los cuadros de la MINUSTAH, con un cargo de psicólogo de la tropa. Una vez abierta la escotilla del avión, el caldo atmosférico lo derritió, lo atrapó, lo despojó a toda velocidad de cualquier idea o formación. Tuvo la sensación de estarse metiendo en una especie de vulva omnipresente. Sin razón aparente ni haber pisado tierra todavía, experimentó una erección incontrolable que intentó disimular.

Años después pensó que debería haberle hecho caso al teniente López. "A nosotros nos hace mal esto, haga de cuenta que no ve, que no oye, no siente. Si se deja llevar, caga fuego. Hágale caso a un chambón." Claro, qué le iba a hacer caso a un milico mamado que terminó hablando de Buda y los dioses griegos. Y estando él también en pedo en medio de ese lugar donde todo seguía el ritmo del revoltijo de huracanes, terremotos, hambrunas y matanzas. Ningún desorden concebible en Uruguay se acercaba siquiera a la vida cotidiana de ese país. Tiempo después, cuando se lo preguntaban, decía que no había palabras para transmitirlo. No las tenía. Solo un recuerdo impregnado, mezcla de sudor y fritanga, algo indefinible que iba de la nariz a las tripas sin pasar jamás por la mente. Venía acostumbrado a cierta alegre impunidad en sus actos. Nada de lo que podía considerarse una transgresión le había representado más dificultades que alguna explicación. Había sido inteligente y la separación ni siquiera había sido por sus infidelidades. La torridez, más que cualquier otra cosa, lo enloqueció y aumentó la sensación de que la vida le mostraba las tetas y le abría las piernas. No tardó en conocer los mecanismos

extraoficiales de cooperación internacional. Sin pensárselo demasiado le hincó el diente al servicio regular de putas que desagotaba los ímpetus de la misión.

Tuvo que irse del pueblo, buscarse una pensión barata, aprenderlo todo de nuevo, adaptarse a las calles bruscas, al carbón y al ruido, a lo que para ella eran masas de gente. La Facultad también era multitudinaria. Los profesores estaban a kilómetros, apenas audibles, inhumanizados, y un catálogo de extrañezas anónimas se daba cita en los salones. En la pensión, compartía el cuarto con otras tres gurisas del interior, amigas entre ellas, lo que la dejaba bastante aislada. Hacía poco tiempo había cortado con Diego, que había sido algo parecido a un novio, pero a intervalos. En realidad no sabía bien si había terminado definitivamente porque ya varias veces había ido y vuelto. Ella sospechaba que el loco en realidad no estaba ni ahí y que lo que hacía era buscarla cuando se veía sin nada, como una especie de plan b permanente. Vos me querés para coger nomás, le dijo antes de irse a Montevideo. Y él perjuraba que nada que ver, que yo a vos te quiero, lo que pasa es que no sé lo que me pasa, ¿me entendés? Le dijo que sí, que lo entendía clarito y que se podía ir a la mierda, que a ella no la iba tener esperando a que se decidiera ni de suplente. Tal vez el impulso para decirle eso le llegó de la conversación con una amiga que le insistía en que tenía que hacerse valer porque el tipo la estaba usando y ella no se lo merecía. Si hubiera sido por sí misma, habría cedido una vez más los encantos de Diego, que tenía la capacidad de desarmar sus defensas con un gesto, cosa que

intentó infructuosamente en esa ocasión. Confiaba en que la distancia que se abriría con su ida a la capital la ayudaría a terminar de una vez por todas.

Así que pasó de estar en un pueblo en el que conocía a todo el mundo a una ciudad extraña donde no sabía nada ni siquiera de sus compañeras de cuarto. Tardaría un tiempo en hacerse de una red de conocidos y empezar a conquistar espacios. Pero el primer período consistió en extrañar e intentar sobreponerse a todas las dificultades. Por si fuera poco, las clases solían ser bastante arduas, ya fuera por la montonera, ya por el discurso monocorde de los docentes, de los cuales solo veía alguna honrosa excepción.

Habían llevado una Unidad Potabilizadora de Agua a un lugar en Artibonito, donde la gente estaba muriéndose de cólera. El trabajo en la misión era así. Había que jugar en toda la cancha. Era algo no dicho ni escrito, pero el sacrificio era imperativo. Cualquiera se daba cuenta de que jugarse con lista propia y tener conductas de funcionario público constituía un alto riesgo. Todo lo que le habían enseñado del encuadre de la situación terapéutica, de esa definición de roles, quedaba disuelto rápidamente. De hecho, tiempo después casi no recordaba haber trabajado como psicólogo. Llegó a preguntarse por qué existía el cargo. Supuso que tal vez fuera una exigencia surgida de algún escritorio de las Naciones Unidas. Era un milico más, aunque no lo fuera, con la leve ventaja de que lo habían asimilado como oficial, así que por lo menos cobraba un buen sueldo, lo cual había sido una parte importante del incentivo para mandarse a lo desconocido además, por supuesto, de la ne-

cesidad de poner distancia con su última relación. Entonces, ese día tuvo que sudar y meter lomo como el que más. Si me vieran, pensaba, acordándose de unos amigos de la Facultad que, en una conversación, destacaban como una de las ventajas de la profesión el hecho de que por lo menos era un trabajo donde no tenías que hacer fuerza ni ensuciarte. A lo sumo corrés el diván cada tanto, había dicho uno, ocurrencia que fuera celebrada exageradamente al influjo del humo que perfumaba la reunión. Se dio cuenta de que Freud y Jung habían podido edificar sus habitaciones teóricas en medio de la previsibilidad, la estabilidad y sin sudar demasiado. Y que jamás lo habrían hecho en pleno Caribe. Pero tampoco habrían apreciado el placer intenso de la llegada de la oscuridad, incluso con mosquitos, y el placer abrupto de la cerveza que se tomaron. Y esa otra bebida haitiana tan extraña. Le pareció que ninguno de los popes de la psicología podría haber previsto ni explicado el impacto sensorial y espiritual del que fue objeto esa noche.

Lo habían alojado en una iglesia. Alguno había contado mal las carpas. Prefirió esa solución antes que dormir apretado con dos milicos pegajosos. No se explicaba por qué habían llevado esas carpitas de morondanga. Debía ser obra de algún boludo, pensó. De todos modos, casi lo agradeció. La pieza era chica y mal ventilada pero al menos tenía una cama.

Llevaba un rato sin poder dormirse, incómodo, cuando escuchó algo del pasillo. El cura, pensó. Aguzó el oído sin que pudiera escuchar un nuevo ruido por unos segundos, hasta que sintió la puerta abriéndose. Y, gracias a los rayos

de una luna menguada, vio algunos brillos del cuerpo. Sintió un escozor automático.

La perseguía la incomodidad. El cuarto compartido con unas minas extrañas de Salto que le hacían el vacío. Unas nabas eran. Casi no hacían otra cosa que chusmear sobre cosas de la ciudad de ellas o de la pensión. Estaba segura de que ella misma figuraba dentro de las especulaciones de las salteñas, a cuya actitud respondía con algunas groserías que había aprendido con los amigos varones del liceo. Cada tanto se hacía la dormida y dejaba salir un pedo sonoro con el solo objeto de reírse en silencio de lo que suponía que dirían las otras. Tenía decidido que le chupaba un huevo lo que pensaran de ella, así que no tenía empacho en dejar hablar a su cuerpo. Un día, por ejemplo, se sentía cachonda y empezó a acariciarse con las yemas de los dedos sintiéndose las piernas como si fueran de seda. Se dijo que era toda una hembra. Le vino a la mente un modelo de Armani que había visto en calzoncillos en una propaganda de una revista. Le bajó el bóxer y se encontró con la tumescencia. Dio un lengüetazo juguetón y sopesó el endurecimiento al mismo tiempo que notaba el cosquilleo pubis adentro. En la escena, ella vestía un top de breteles finos, blanco, revelador, y los cuerpos se rozaban, notaba cómo se erguían los pezones, un escalofrío la recorría. En la cama, se recorría las tetas apenas, acariciaba la ingle, los labios mayores, la parte interna del muslo, iba y venía, notaba cómo la concha le bullía e iba haciendo espirales que rondaban la cuevita del placer, así la llamaba, muerta de risa, las vueltas se hacían cada vez más apre-

tadas hasta convertirse en un diálogo cerrado con el clítoris. El modelo de Armani a esas alturas ya había recibido varias atenciones suyas y se agarraba firmemente en sus muslos mientras la penetraba en un temblor firme, suavemente ríspido, sanguíneo. Eran tres los dedos que hurgaban en el placer, tres los dedos que iban y venían y ella revolviéndose. Y así fue dejándose llevar, respirando como podía, hasta que el cataclismo final la recorrió de ida y vuelta en una tensión insoportable que le provocó un calambre en el pie derecho. Cuando se descubrió respirando sincopadamente ya era tarde. Se reiteró que le importaba una mierda lo que pensaran las malcogidas esas, risas internas, y pensó que quién sabe alguna de ellas no fuera tortillera y se hubiera calentado con los ruidos de ella.

Pero, fuera de alguna paja aislada, la vida en la ciudad se limitaba a una experiencia gris y contaminada. Las clases le parecían una mierda. Se aburría como un hongo. Pensaba que estaba bueno saber teorías pero que no había ninguna razón para hacer dormir a la gente. Qué clase de psicólogos eran esos. Qué necesidad había de sentirse mal. A ella le parecía que la profesión era para hacer sentir bien a la gente. No disfrutaba la carrera, con una excepción.

Había un profesor que la divertía, que la hacía pensar e imaginar. El tipo se plantaba frente a la multitud y hablaba como si se estuviera dirigiendo a cada uno. En vez de pasársela citando autores uno atrás del otro, iba con el termo y el mate y se ponía a conversar como si estuviera en una rueda y lo más común era que se pusiera a contar una historia. Hablaba de un personaje. Lo situaba en un lugar, le inventaba una familia, o capaz que no era que in-

ventara y simplemente evocaba. Empezaba como quién no quiere la cosa y, cuando querías acordar, te tenía enganchada en la historia y querías saber qué le iba a pasar y por qué. Te hacía pensar en el sufrimiento y en el goce de las personas, es más, te hacía ser esa persona. Te hacía viajar a lugares distintos para que vieras que la psiquis humana es igual vayas a donde vayas. Contaba la historia de una gurisita que había quedado huérfana en un país que nada que ver con Uruguay, con calor, enfermedades, y tenía que salir adelante a como diera lugar. Entonces te explicaba cómo la situación de la sociedad influía en la construcción de la identidad de género. La chiquilina que se tenía que hacer cargo de los hermanos chicos. La frontera. Los tipos que cruzaban de un país a otro buscando. Era demasiado joven pero la necesidad acuciaba y la belleza extrema le dejaba un único camino. Lo relacionaba con los mitos griegos, un capo el tipo, un capo, te explicaba que era mentira que Freud, que Jung, que Lacan, que en realidad los griegos habían dejado todo pronto para poner en el microondas, recalentar y comer, ahí se cagaban de risa los quinientos o seiscientos que había en el salón y recién en ese momento te dabas cuenta de que no era a vos sola que te estaba hablando.

Sintió cómo la puerta se abría lentamente. En medio de la oscuridad casi total pudo notar la entrada de alguien. Imaginó que lo querrían robar, eso era frecuente, empezó a pensar a toda velocidad qué le convenía más hacer. Supuso que tal vez quedarse quieto fuera lo mejor, hacerse el dormido. No sabía si el invasor estaría armado pero los mi-

licos le habían enseñado que siempre había que suponer que sí. Trató de controlar la respiración. Para su asombro, se desvestía. Vislumbró una figura femenina y, casi de inmediato, oyó la voz que empezó a entonar una suerte de letanía de la que no captaba una sola palabra. Seguramente creóle. No entendía francés y menos esa lengua mestiza galoafricana. El sonido, sin embargo, se la puso dura como estaca, además de las olas violentas de calor que recorrían su cuerpo. Quiso moverse pero permaneció estático. La mujer continuaba emitiendo esa especie de canto ignoto de efecto perturbador. Quedó de pie a poca distancia de la cama. Empezó a agregarle movimientos al sonido. Un contoneo rítmico que se fue haciendo progresivamente más fuerte, desde lo casi imperceptible hasta lo frenético. Sentía, sin control posible, una excitación como no recordaba. Olía un aire acre, desconocido, mezcla de repulsa y atracción, animal, puramente animal, sin atisbos de razón, espasmódico, involuntario, autoritario. Paulatina, de modo elíptico, fue acercándose a él, avanzando y retrocediendo hipnóticamente. Se detuvo cuando tocó la cama.

Eugenio se encontraba inmovilizado. Ella paró y dijo unas palabras que no supo si eran una orden o una pregunta. Le pareció que podía moverse. Probó con los dedos de la mano. Pudo. Escuchó de nuevo la pregunta. Intentó con el resto del brazo. Normal. Las piernas también respondían. Otra vez sonaron las palabras, con un dejo más imperativo. Podía incorporarse y por primera vez retomar el control de la situación. Se enderezó un poco más. La voz se repitió. Dio la impresión de desinflarse. Lo poco que veía del cuerpo también transmitió esa impresión. Él también percibió como

si un nudo se desatara. Por momentos había tenido miedo pero ahora retomaba el control del cuerpo y de sus actos al tiempo que la figura femenina se relajaba. Terminó de incorporarse y tuvo la certeza de una desnudez pubescente y lánguida. Le pasaron varias posibilidades por la cabeza, todas ellas nubladas por las órdenes que resonaban en la entrepierna. La tomó de la cintura. Contrario a lo que percibiera frente a sí minutos antes, sintió un cuerpo flojo que parecía no tener iniciativa, lo cual no disminuyó su ímpetu. Tuvo un segundo de vacilación.

El tacto lo perdió.

De a poco, se fue haciendo amiga de unas minas de la Facultad. Una era de Colonia y la otra de Cardona. Las arrimó el mate que ella llevaba. En el frío del salón inmenso era como tener un fueguito. Todas venían del interior y vivían la primera experiencia en la capital. Las dos del litoral estaban juntas en la misma pensión, allí se habían conocido. En poco tiempo Magela terminó mudándose con ellas. Frente a las salteñas víboras, Lucía y Giannina resultaron ser como amigas de toda la vida. Se lo contaron todo. Los novios, las familias, los problemas propios de su situación, cómo eran los bailes en sus respectivos pueblos. Compartieron música y se burlaron bastante de Lucía, que era una fanática enferma de Marco Antonio Solís. Y decidieron que si no salían a trillar la noche de la capital eran unas estúpidas.

De todos modos, fueron a lo más seguro. Había un boliche cerca de la Facultad cuyos dueños habían tenido la precaución de colgar retratos de Freud, además de instalar

varios divanes en lugares estratégicos y sembrar manchas de Rorschach por doquier, eso sin mencionar los iconitos de las puertas de los baños, alusivos al miedo a la castración.

Lógicamente, el lugar estaba infestado de caras parcialmente conocidas. La música era rara para Magela y las amigas. Cuando llegaron, sonaba algo que les pareció africano, una especie de coro. Le gustó. Transmitía como una energía. El volumen no era el de un baile, se podía conversar.

Como llegaron bastante tarde, agradecieron el momento en que quedó casi libre uno de los divanes. Cuando se hubieron sentado, medio apretadas, se dieron cuenta de que el tipo que estaba con un whisky era uno de los profesores. Eugenio Kuk, el de las clases entretenidas. Un veterano como de cincuenta años pero entero, simpático.

Agradeció que le quedara poco tiempo de misión. No pudo sacarse de la cabeza ni del cuerpo lo sucedido esa noche. Sobre todo lo que vino a partir del momento en que tomó la iniciativa. Durante el tiempo que permaneció en la isla se vio perseguido por las imágenes y las sensaciones. Por un lado, tenía la esperanza de que se hubiera tratado de una pesadilla particularmente pegajosa. Y tampoco descartaba la tesis de haber contribuido al aumento de la población de Haití. Se imaginó la clase de vida que podía llegar a tener ese hipotético niño abandonado. Se preguntó si heredaría algunas de las facciones germánicas que tan caras le resultaban a su madre. Decidió que no contaría el suceso en análisis, ni siquiera como si se tratara de un sueño ya que suponía la suspicacia.

Y volvió a Uruguay con la esperanza de dejar eso atrás, fuera lo que fuera.

Por eso estaba esa noche. Hacía varios años que había concursado para la cátedra. Se daba cuenta de que el ambiente era demasiado rígido y por eso decidió adoptar un aire coloquial, cosa que notó era recibida como todo un espectáculo por los estudiantes, que demostraban el interés atiborrando el salón como no sucedía en otras clases. Los veía vivos y lo disfrutaba. Además, eso le daba ciertas prerrogativas con las mujeres, de las cuales más de una se mostró muy dispuesta a conocerlo más privadamente. Eugenio agradecía los gestos del modo más elocuente, a punto tal que llegó a mantener dos o tres amantazgos paralelos, razón eficiente para preservar una alegre soltería. Era como tener un pase libre a un festival de cine de varias salas en el que, en su caso, llegó a ver dos películas al mismo tiempo. Se preciaba, además, de tener puntería para la elección.

Así fue que esa noche se trabó en una animada conversación con Magela y las amigas. Se sintió particularmente atraído por ella. Le pareció que era exótica, de un hippismo alegre y desfachatado. Tenía pinta de llevar unas cuantas horas de vuelo pese a su juventud. Una boca de camionero pero con labios carnosos y un cuello blanco sugerente que invitaba a la mirada a escurrirse escote abajo hacia unos pechitos insinuados. Puso en práctica parte de su repertorio de mundo y las minitas se prendieron en la charla. Tenía bastante práctica en ese rol, así que pagó alguna pero distinguiéndose sutilmente del estereotipo de "viejo formador". La cosa fue transcurriendo en calma, con el adorno de las risas de Magela, que le parecieron provocadoras. Cuando hizo el chiste del enanito no tuvo más remedio que

cagarse francamente de la risa, no había aparato teórico que lo resistiera. Decidió que se la iba a coger. Empezó a pensar cómo separarla del grupo. Lo vio difícil cuando se enteró de que vivían todas en la misma pensión. El desafío lo motivó más.

Lucía y Giannina fueron al baño. Funcionaban como una, tanto que había llegado a pensar que no tenía una relación con dos personas sino con un bloque unitario. Tal vez por eso fue que poco tiempo después terminó mudándose de nuevo, no porque ella fuera inestable ni loca, como supo que dijeron. Claro, lo que pasa es que hubo cosas que no contó sobre esa noche, como tampoco la consultaron cuando, en un punto entre el baño y el diván, se quedaron conversando con sendos tipos. Pensó que volverían más o menos rápido. En el pueblo igual andaba sola y se burlaba de las gurisas que iban y venían todas juntas. Pero, en la capital, le pareció mucho más útil mantenerse unidas. Igual no la habían dejado sola del todo porque seguía conversando con Kuk bastante entretenida. Se inquietó un poco por la demora, pese a lo cual siguió la charla sin que se notara, inclusive animando al profesor a que contara historias de su vida, cosa que parecía motivarlo mucho. Le pidió que le ampliara los relatos sobre su tiempo en Haití. El tipo era tan elocuente que le daba hasta calor. Tomó para sacarse la sed y eso la fue empedando. Estaba bien igual. Llegó un momento en que la cerveza hizo lo suyo y tuvo que ir ella misma hasta el baño, trayecto en el que comprobó que no quedaban rastros de las amigas, que tampoco se atisbaban en el resto del boliche.

Volvió al diván, donde Kuk seguía, casi como parte del mobiliario, dándole sorbos al vaso. No dudó en mandarlas todas a la mierda, aunque no la escucharan. ¿Qué les costaba avisar? Y dijo que se iba.

Kuk se ofreció a llevarla. No iba a andar sola en medio de la noche con el ambiente que se formaba. Magela aceptó. El tipo le daba la oportunidad de llegar segura a la pensión. El auto estaba a la vuelta. Cuando subieron, le llamó la atención el muñequito negro que colgaba del espejo retrovisor. Quiso saber qué era y él respondió que se trataba de una artesanía de Haití, una imitación de muñeco vudú. Le respondió que el único Vudú que conocía era un vino lija. Kuk se rio y le preguntó si en serio no sabía. Cuando ella respondió que no, le explicó de qué se trataba. Magela le hizo una cruz al muñeco, que ahora le parecía más macabro, y se calló. Kuk comentó que se encontraban en cualquier lado, que la gente los vendía como en Bolivia venden esas muñequitas de la Pacha Mama, viste. No había visto. Son rituales que para nosotros parecen raros pero para ellos es como tomar mate. Solo que hay cosas que no entendemos bien. Agregó que ese era uno de los que se hacen para los turistas. Tenía un muñeco posta en el apartamento. Si quería se lo podía mostrar.

La mina aguantaba. Si no, no subía nada. Cuando iban en el ascensor tuvo que contenerse para no apretarla ahí mismo. La tentación ya llevaba un buen rato y cada vez le era más difícil mantenerse dentro de cierta moral. Además, confiaba en el poder afrodisíaco del apartamento.

Al entrar, prendió la portátil mortecina cercana a la puerta.

La luz de arriba se había quemado. Agradeció la mala calidad de las lamparitas. El ambiente se hacía más propicio así. El blanco de las paredes se veía amarillento y las sombras se alargaban. Ella entraba. El perfume. Intentó respirar despacio para contenerse. Como mínimo tenía que mostrarle el muñeco de Vudú. La invitó a sentarse en uno de los bancos altos que tenía. Había visto en Brasil cómo aprovechaban el espacio en ciertos restaurantes ínfimos. Como el apartamento era chico y era él solo, empotró una mesa que sus amigos decían que era un estante y mandó a hacer unos bancos altos con respalditos para cuyo diseño imaginó una mujer con las piernas abiertas. Y los había probado.

Como preveía, ella se sentó con las piernas entreabiertas. Sin pasar por el trámite de ofrecer, le extendió una copa. En esta casa se toma vino. Ella sonrió. Y fue como si le hubiera tanteado la entrepierna. Puso a andar el equipo de audio, que por alguna razón tenía amartillado con un disco de Barry White que, pese a que lo consideraba un lugar común, se había demostrado efectivo como él solo. Vigiló el escote de reojo y dejó que la mirada se escurriera hacia las ancas generosas. Propuso un brindis. Por Jung, dijo. Tomaron.

–¿Te gusta?

–Es rico.

–¿Cómo lo sentís en la boca?

–Es medio áspero, no sé…

–Son los taninos. Pero después es suave. Tiene un final contundente.

Estaba bastante mareada y no entendía nada de lo que le hablaba. Tampoco tenía mucha idea de qué estaba haciendo en ese apartamento. Le pareció que era como una película. Una escenografía, personajes, la música. Todo se le antojaba irreal, ajeno. Tenía una sensación como de girar. Había tomado bastante, pero era distinto. Casi le parecía que se había separado de su cuerpo. Las veces que se había emborrachado sentía clarito que respiraba diferente, el estómago, el hipo. Pero no había nada de eso. Percibía la situación entre perpleja y curiosa. Se vio tomar de la copa. Observó cómo Kuk se acercaba y le tocaba una pierna. Su postura era extrañamente pasiva. El tipo le tomaba la mano y la llevaba hacia la bragueta. Se la abría. Le mostraba la pija. Se hacía tocar. Ponía las copas en el estante ese. Le levantaba la remera y le manoseaba las tetas. Decía que lo excitaba mucho que no tuviera sutién y que le gustaban así, naturales. Ella no se movía mientras el hombre hacía. Vio cómo le bajaba el vaquero y quedaba descubierta, blanca, como en uno de esos cuadros. Le arrancó la bombacha y le metió dos o tres dedos. Lo veía jadear y decir cosas.

No daba más de calentura y se la puso. Empezó suave, recorriendo cada milímetro lentamente en un viaje de reconocimiento que no hizo más que enloquecerlo. Se dijo que tenía que ser considerado y siguió con lentitud dos o tres veces más. Acostumbraba a regular sus embates de acuerdo con la reacción de la mujer, que ahora resoplaba con los ojos entrecerrados y el cuerpo flojo. Lo excitó sobremanera ese dejarse ir de la mina, cuya espalda se curva-

ba hacia atrás, lo cual dejaba los pezones hacia arriba. Se los besó y oyó un gemido discreto. Dejó de contenerse. Le vino a la mente la imagen de un toro bufando. La verga acaparó toda su atención a medida que le iban llegando impulsos desde adentro. Sin embargo, algo lo desconcentró. Le pareció ver su propia cara congestionada, roja, con las venas inflamadas. Miró los ojos de ella. La notó ausente. Creyó recordar algo pero no, no podía ser. Ya estaba ahí, no había vuelta atrás, entonces retomó la concentración en los anuncios de la puntada. Sacó un poco. Vio cómo su miembro se desenfundaba como un sable. Observó los ojos perdidos, estuvo a punto de hacerse un reproche, estaba siendo bruto, cuando de improviso empezó a sentir un dolor intensísimo, como si le estuvieran desgarrando el escroto con una sierra al rojo vivo. Otra vez su cara, ahora con un gesto de susto, la boca abierta. Se intercaló la sensación de acabar con un dolor creciente, insoportable, que recorría todo su cuerpo, una imagen de una adolescente negra inerte, el olor, las palabras, el calor pegajoso, la certeza de estar sufriendo la invasión de un hombre rojo y violento, el torso sacudido por los golpes, los brazos balanceándose descontrolados. Jamás una acabada había durado tanto. Cada milímetro del recorrido del semen acrecentaba el dolor. Él era la mina y era él mismo. El placer, al aumentar, parecía causar aun más daño. Un calor pegajoso lo sofocó mientras le sobrevenía una sensación de parálisis involuntaria y de su boca salieron palabras en creóle. Las mismas. La cara por explotar. Se sintió indefensa, cortada al medio. El hombre taladraba y sentía horror. Era negra, joven, huérfana, tenía hambre, un extranjero la violaba con saña. El agresor

entraba y salía, luchaba por terminar y huir, lograba desprenderse. El pene, amoratado, lanzó un chorro de sangre descontrolada que regó las paredes, la mesa, los libros, el piso, hasta el techo. Estaba en el centro de un remolino de sangre. Todo era rojo. Las paredes se cernían sobre él. La mujer parecía inconsciente pero de pronto se incorporó con un rostro negro que le gritaba cosas incomprensibles. Salió del apartamento dando tumbos y se lanzó escaleras abajo sin pantalones y todavía sangrando copiosamente.

Tras unos instantes, Magela se movió. Buscó el baño. Se lavó. Salió a la calle y caminó mecánicamente.

De algún modo llegó hasta la pensión, donde se despertó quince horas después. Lo último que recordaba era estar sentada conversando con Kuk en el boliche. No asoció la charla, de la que no conservaba nada interesante, con la desaparición del profesor de la Facultad y su consiguiente reemplazo por otro bastante más olvidable.

La barboleta

Una mañana, tras un sueño intranquilo, Óscar Quintana se despertó convertido en una mujer. Estaba boca arriba y, al levantar la cabeza y alzar la colcha, vio sus tetas en reposo y su abdomen curvo y sucinto. El calzoncillo no se adaptaba a los generosos glúteos y el pubis era notoriamente cóncavo en comparación con el calibre acostumbrado de su sexo. Las piernas, negras y suavemente torneadas, se movían con un concierto que superaba en armonía a la flacura tosca que le era normal.

–¿Qué puta me pasó?

No soñaba. El cuarto, mínimo como siempre, mostraba la misma telaraña que venía vigilando desde hacía unos días. Dispuestos sobre la silla que apenas entraba en el espacio entre la cama y la pared estaban el pantalón, la camisa y la corbata que constituían el uniforme de chofer. En la puerta del ropero seguía el póster del Peñarol del 93 cuya campaña había seguido por la radio, con tanta constancia que incluso había llevado la tabla de posiciones. Pensó en Diego Martín Dorta y en la pena que le seguía dando que hubiera tenido que dejar la carrera por culpa de una lesión mal llevada y rebelde.

La cortina, roñosa y entreabierta, permitía ver el gris de otro día de agua. Siempre había hallado extraño que lloviera

de esa manera en una zona tan dependiente del sol. Tal vez habría sido conveniente que Melo tuviera playas, con el calor que sabía hacer.

"Capaz que duermo otro rato y se me pasa esto", pensó. No hubo forma, pues Óscar dormía siempre boca abajo y de esa forma sentía de modo aun más inocultable el volumen de los pechos. Quiso hacer como que no estaban ahí. Se llevó la mano a la entrepierna como solía a fin de tranquilizarse tomándose los testículos. No estaban. Ni nada de lo que tenía que encontrarse allí. Oprimió la ausencia. Inmediatamente lo invadieron pulsaciones dolorosas que se extendieron por todo el cuerpo.

"Esto de vivir en la ruta me tiene arruinado", evaluó, "siempre yendo y viniendo, además los descansos no son descansos, se come como el culo, incómodo, con cualquiera. No se conoce a la gente, hay tipos macanudos pero los ves ahí de pasada y con las mujeres ni hablar. Se levanta algo, es verdad. A la apurada, en los hoteles de mierda que están a la vuelta de las terminales, nunca una mina que valga la pena porque ni da tiempo de conocerla. De todos modos, de vez en cuando protagonizaba alguna buena escena digna de circular por internet, que hasta había pensado en grabar.

Sintió un cosquilleo en el bajo vientre. Se incorporó al tiempo que abría las piernas como nunca había podido. Vio el lugar de donde provenía la sensación cubierto de unas motitas escuetas. Abrió los labios con sus dedos finos y largos. Era como un mejillón rosado. Quiso meter el dedo y tuvo que sacarlo al punto ya que el contacto le produjo una sensación de desgarramiento unido a una contracción brusca de los músculos de la zona.

"Debo estar quedando mongólico de no dormir", se dijo,

"Me tienen sentado en la matraca, y es a mí, porque hay otros que no sé cómo hacen que están más cómodos que un cinco a cero, quién sabe qué cuñas tienen. A mí un día me mandan a Colonia y cuando llego a Montevideo me mandan al Chuy y ni hablar en verano, que un día me clavan haciendo city tour en Punta del Este, y con brasileros todavía, que no te dejan un mango de propina, e igual al rato me ponen cualquier cosa. Estoy seguro que donde les diga algo se me cagan de risa en la cara o igual me echan a la mierda. Me tengo que dejar basurear por los mangos, si no laburo todo el día ni como, ni pago el alquiler de esta cueva ni nada, me tengo que matar para pasar la franja del IRPF y ni así asomo la cabeza con la sangre que me chupa la mina esta. Si por lo menos la tuviera bien a Brisa, pero yo sé que se gasta la guita en boludeces y si yo no le compro las cosas la gurisa anda toda rotosa igual. Ni hablar de los útiles para la escuela. Hay que agachar las guampas, no queda otra. Un día me saco el cinco de oro y les canto las cuarenta, eso si no les meto un juicio, para joderlos nomás.

–Mierda –dejó escapar al ver el celular.

Ya era casi la hora. Pensó si se habría olvidado de poner el despertador o si, otra vez, lo habría dejado en silencio. Seguramente era eso porque el ringtone de Gangnam Style era enteramente incompatible con el sueño. Casi las siete ya y en cualquier momento pasaba el Méndez a buscarlo. Encima tenía la moto rota, no venía pegando una desde hacía un tiempo. Cómo iba a hacer. El Méndez le aporreaba la puerta a más no poder, como ya lo había hecho unas cuantas veces. Además, por la ventana podía mirar para adentro y verlo. Aparte faltar… Podía mandar un mensaje y decir que estaba "indispuesto" pero nadie le iba a creer

e igual lo mandaban a buscar. Nunca se enfermaba e incluso se jactaba de su buena salud. Además un lunes de mañana despertaría más sospechas. Eran capaces de mandarle un médico. Si se jodía en serio igual lo dejaban reventar. Ahora, si se trataba de cumplir con el horario ahí sí que se esforzaban. Además, en realidad ni sueño tenía y se sentía impecable.

Oyó el portoncito. El Méndez. Tenía que actuar rápido. La cabeza le funcionaba a todo lo que daba. Era una de dos, o abajo de la cama o en el baño. Eligió fácil, se metió en el lugar donde había menos polvo.

Escuchó los mamporros retumbando en la puerta de metal. Era como estar bajo un ataque. Como no respondiera, los golpes se repitieron, esta vez más fuertes y seguidos. Desde el baño notó los pasos del Méndez hacia la ventana, que recibió las nuevas llamadas de su compañero.

–Despertate, negra –le gritó el otro desde afuera.

Supo que a través de la ventana se veía la cama deshecha.

–¿Estás con diarrea, preciosa? –insistió el otro, ahora desde la banderola del baño.

Se había acurrucado en el rincón del duchero de modo de asegurarse la invisibilidad. Respiraba con cuidado.

El Méndez insistió un poco más e hizo silencio. El celular, pensó. Salió del baño en cuatro patas y, con gesto de latigazo, tomó el aparato y lo apagó. Sabía lo que iba a pasar y, efectivamente, momentos después el portoncito chirrió y una moto arrancó para luego diluirse en la mañana.

Recién cuando se hubo asegurado de que no había peligro volvió a prender el teléfono. En el mensaje nuevo decía "pasé no estabas boludo". Le dieron ganas de orinar. Practi-

có el irreflexivo ritual del balanceo de la cadera primero hacia atrás y luego hacia adelante pero la mano se topó con la ausencia. Mientras el acostumbrado escupitajo transitaba el camino entre la boca y el agua, cayó en la cuenta de que lo más probable era que, como estaban las cosas, el chorro de orina se deslizara cálido muslos abajo. Iba a mearse encima, iba a tener que lavar el piso. De pronto, las ganas se le hicieron más incontenibles que nunca por lo que, con movimientos convulsos, aventó el calzoncillo y se sentó en el wáter, donde dejó caer el alivio.

Sabía que en cualquier momento el teléfono sonaría. Una vez que no se presentara en la terminal, el Sandro se vería en la obligación de llamarlo. Decidió no atender y puso el aparato en silencio. Respiró un aire vacío. No entendía qué estaba pasando ni por qué. Fijó la vista en las rodillas, carentes de todo pelo, suaves y oscuras, brillantes. Los muslos subían ensanchándose hacia unas caderas que supo claramente mayores de lo habitual porque excedían el espacio que siempre ocupaban en el wáter. El pubis seguía ahí como lo había sentido momentos antes, tan femenino como pudiera imaginarse. La panza, que venía creciendo en los últimos tiempos como una deformación profesional, había cedido su espacio a una curva suave y justa. Llevó entonces las manos al pecho, adornado ahora por dos gotas negras contundentes y suaves terminadas en sendos pezones oscuros que miraban levemente hacia afuera. Apretó con las manos, tanteó la consistencia, dejó que las yemas de los dedos se deslizaran por la piel lisa y sensible. Palpó los brazos, afinados ahora y brillantes. Se levantó en dirección al espejo mínimo. Una cara oscura lo miró con asombro. Los rasgos eran finos, delicados, acabados con unos labios

carnosos como de estatuilla africana. Enmarcaba el bello conjunto un matorral silvestre de bucles apretados. Los ojos eran del color de la noche. Jamás había visto una negra de facciones tan hermosas ni recordaba haber visto una desnudez tan exuberante. Pensó en su última mujer y se examinó los muslos de nuevo. Constató la ausencia total de la celulitis que a ella tanto la preocupara y que él se empeñara en hacer como que no estaba allí. Como siempre que pensaba en la exmujer, experimentó una sensación de asco, de un rechazo visceral, de suciedad.

El primer recuerdo que tenía de ella guardaba, no obstante, cierto brillo, aunque no entendiera con claridad por qué habían estado juntos. Fue en un baile. En la luz enrarecida del ambiente, le había dicho alguna pavada que recibió una sonrisa controlada como respuesta. Tal vez envuelto por el desafío del gesto frígido, persistió, motivo a raíz del que terminó haciendo ostentación de unas elegancias y caballerosidades que se desconociera, incluida la tolerancia de las amigas que parecían no separarse nunca. De algún modo se hizo de un beso mezquino que fue, lo supo mucho tiempo después, la carnada para hacerlo caer en una temporada en el infierno. Esa noche se volvió contento a casa, con sensación de conquista. Pero, años después, se dedicó a recriminarse amargamente su bobera. La mina lo había manejado como a un muñeco, moviendo los hilos a su antojo, soltando las riendas o enfrenando a placer, quiero pero no quiero, ahora sí, hasta acá, no te pases, ahora sí pero así no. A la luz de los años, le costaba darse cuenta de cómo había llegado a pensar que se había enamorado. Sí sabía la razón del casamiento. Cuando hablaba del tema, solía decir que "unos se casan por iglesia, otros se casan por civil y yo por

tarado". Lo que no contaba, a causa de la mezcla de sentimientos de odio y ternura, era que la razón del contrato matrimonial había sido el embarazo sorpresivo para él pero propiciado, según había llegado a suponer, por la interrupción silenciosa de las pastillas. La noticia cayó precisamente en la época en que empezaba a hastiarse de la loca y pensaba seriamente en dejarla. La mentira habría durado de no ser por una amiga de ella que dejó escapar un comentario. Sufrió una sensación de furia impotente que se resolvió en un griterío y en el llanto, a su entender falso, de la mujer descubierta en sus artes. A partir de ahí se desencadenó la ya abonada ruptura, que se convirtió en una guerra de guerrillas sin alto al fuego, aun después de firmados los armisticios correspondientes. Los abogados, la ley, las cosas que había hecho sin siquiera saber con claridad si quería. Como la vez que, en la escuela, le dijo a todo el mundo que se había arreglado con una compañera porque todos los amigos decían que tenían novia. O, en el liceo, cuando consiguió andar de la manito con una compañera como dos semanas en los recreos, sin que pudiera besarla. El primer beso lo obtuvo de una fea que agarró en un baile y acomodó contra una pared mientras lloviznaba. No supo qué más hacer, no había escuchado cuáles eran los pasos para llegar a tener la primera vez de algo cuyo funcionamiento desconocía, exceptuando la información castrada de las películas, una fotonovela porno brasilera y las mentiras de los amigos. Su debut fue una coreografía torpe. Solamente lo fue salvando la ayuda femenina, sin la cual le habría resultado imposible. Había que tener mujeres y las tuvo. Y, cuando a los amigos les dio por visitar los quilombos, también lo hizo. Obviamente, toda su actuación fue buena de la boca

para afuera. En algún momento escuchó que el verdadero éxito estaba dado por el placer femenino, de modo que se obsesionó con lograr orgasmos en sus compañeras, cual una operación matemática. En cualquier caso, lo que más frecuentemente sentía era una insatisfacción vaga y pertinaz.

El Sandro. El teléfono en silencio mostraba la llamada. Lo sostuvo en su mano sopesando si lo atendía o no. Mientras pensaba, el otro cortó. Segundos después, apareció el letrero que indicaba que tenía un mensaje de voz. El propio Sandro. Le preguntaba si estaba bien, le decía que el Méndez había pasado y no lo había encontrado. Le pedía que diera noticias y le proponía el turno de las 12:30, que cualquier cosa lo llamara. Se despedía con lo que le sonó como un tono levemente indignado. Tal vez debió atender. Seguramente no iba a ser la primera vez que una mujer le atendiera el teléfono. El tema era si le preguntaba algo. Se dijo que, en definitiva, la decisión era la mejor posible. El silencio podía ser una mentira más firme. La ausencia significaba, sin dudas, la pérdida del día de trabajo. De seguir sin dar muestras de vida, además, se le venía una sanción y podía perder el laburo.

Después de un áspero aprendizaje de cómo limpiarse, se echó en la cama. Sintió un poco de frío y se tapó. No había que pensar, tenía que quedar ahí y esperar que pasara todo. Acostate que vas a ver que se va, le decía la abuela. Le acariciaba el pelo con la sutileza y dejaba que el miedo a lo oscuro se diluyera como el café en la leche. Una vez se había peleado con uno en la escuela y ella le había explicado que tenía que imaginárselo chiquito, chiquito, chiquitito, y hacer de cuenta de que el rival era de azúcar.

Entonces lo podía tomar entre sus dedos e irlo disolviendo en agua tibia, sin apuro. Desde entonces esa era la solución cuando los problemas querían convertirse en monstruos. Tenía varias cosas para poner a derretirse. El coche 812, que le venía tocando seguido, andaba mal de frenos y tenía los cambios hechos bolsa. Avenida Italia, cada vez más complicada, el sueldo justo, unos compañeros llenabolas. Haber tenido que faltar, la voz del Sandro. El alquiler…

–Hola.

–Hola, mi amor.

–¿Y vos quién sos?

–¿Cómo que quién soy?

–¿Dónde está papá?

Hubo un largo silencio de un segundo.

–Papá no te puede atender ahora, anda muy ocupado.

–¿Vos sos la novia?

–¿Novia? No, soy una amiga.

–Porque mamá dice que papá tiene un montón de novias.

–No, tu papá no tiene novias.

–Ah, entonces tiene novios.

–No, tampoco.

–Mamá dice.

Una indignación muda le tapó la boca.

–Bueno, decile a papá que lo están llamando del trabajo, dice mamá que lo van a echar, chau.

Brisa cortó. En un momento se despertó y vio las luces del celular. Brisa llamando. Y, desde la penumbra del sueño, atendió. Se dio cuenta del error cuando, al oír el rebote de

su voz, percibió un tono femenino. Tarde. Remó la conversación como pudo. Soltó una puteada impotente cuando la niña cortó. Hablaba muy poco con ella y, encima, cada vez que lo hacía, era como escuchar las palabras de la madre. No podía decirle a la hija las barbaridades que le podía soltar a la otra yegua. Detestaba esa práctica de usar a los demás como mensajeros, de ir sembrando venenos en su entorno, de ir poniéndose en el papel de víctima. Había pasado del acoso inicial, cuando le mandaba mensajes escribía furibunda haciendo acusaciones violentas, amenazando con llevarse la niña de vuelta al pueblo, vas a ver, ponía, me llevo a Brisa a Melo a casa de mamá y no la ves ni en fotos me escuchaste enfermo y vas a tener que pasarme la plata hijo de puta. Además, por supuesto, de toda clase de mensajes de apariencia banal en los que se leía la mala intención.

Entró a Facebook. Lo hacía cada vez que tenía ganas de putear. Miraba un poco lo que habían publicado los demás y desistía rápido. Por algún motivo que no se detenía en analizar, revisaba sistemáticamente las publicaciones de su exmujer que, sin salvedad, se le antojaban provocaciones más o menos directas, incluyendo la presencia de una cuenta con el nombre de la niña y su foto. Tarada, pensó, una vez más. Después de unos minutos de fisgoneo infértil, empezó a experimentar un vacío sólido que se sumó al hambre que le anunciaba la cercanía del mediodía. Fue hasta la heladera. Idiota, se insultó. No tenía ni leche. Tendría que ir a comprar al almacén. Por suerte era cerca, estaba a la vuelta.

A medida que se vestía, fue teniendo la sensación de que las cosas andaban mal. Todo le quedaba incómodo. El vaquero le bailaba y las camisetas le quedaban como camisones. Miró los championes y se los puso con escepticismo

que confirmó cuando los sintió como zapatos de payaso. Se fue quedando con lo que le parecía menos malo. Tenía una camiseta que le quedaba chica y se acercó a las proporciones nuevas de su cuerpo. Encontró un pantalón deportivo que tenía una cuerdita para apretar la cintura. A falta de espejo de cuerpo entero, se preguntó si parecería una brasilera de esas que hacen acrobacias o una simple loca. Le sumó al atuendo unas chancletas desproporcionadas.

Buscó la billetera y enfiló hacia la puerta. Abrió. Se presentó el ángulo del barrio que se veía desde el apartamento. Vivía en uno de los tantos inventos, cruza de caja de zapatos con inversión segura, que pululaban en la ciudad, especialmente en el Centro y en los barrios nuevos de trabajadores. Te voy a explicar por qué soy pobre, le había dicho un compañero de trabajo, soy pobre porque tengo diez metros cuadrados para mí, si fuera rico tendría cien, lo menos. Calculó que los dos metros de frente por unos ocho o nueve de profundidad no hacían de su habitante una persona tan pobre como el otro chofer. Debía agradecer que no compartía la cueva. No tenía costumbre de ver el barrio a esa hora, a la que habitualmente estaba trabajando. Vio aparecer, de improviso, a la dueña, que vivía al lado. Cerró rápidamente. La vieja era bastante chusma y metida. Solamente una vez había llevado a alguien de noche y al otro día, a la primera ocasión, la doña se encargó de comentárselo de la peor manera posible. Le dijo que si vivía más gente en el apartamento le iba a tener que cobrar el agua y la luz por dos. Sintió asco por la intromisión en su privacidad. Quede tranquila, señora, vino a coger nomás y ni se bañó, hay que ver lo mugrienta que puede ser la gente. Soltó lo último con un tono irónico en la mirada, que se fijó por un instante en su

interlocutora. Se imaginó la insistencia de la doña en aumentarle el gasto de agua y luz. Pensó en esperar que pasara y salir furtivamente pero algo le decía que habría unos ojos vigilando, constantes, atrás de la cortina. El barrio, además, era como una criatura viva o una suerte de baile de relojería bastante regular en el que cualquier anomalía sería rápidamente registrada y evaluada. El centro de procesamiento de datos era en el almacén al que pensaba ir, cuya propietaria era una mujer de un interés desmedido por la circulación del chusmero, razón por la cual nada de lo que ocurriera en el radio del comercio le resultaba ajeno. Resolvió quedarse.

Minutos después, el celular mostraba una nueva llamada del Sandro. La miró. No hubo correo de voz.

Estuvo toda la tarde.

La presión del hambre duró un rato, transcurrido el cual se fue sin explicaciones. A falta de toda perspectiva, solo le cupo pensar en soluciones. No parecía que pudiera volver atrás, de modo que el problema a resolver se transformaba en cómo ir hacia adelante o, en concreto, salir de ahí. Precisaba comer, claro, y también tenía que pasar por el cajero a sacar plata. Ya tenía pensado hacerlo y lo venía postergando desde algunos días atrás. Estaba a quince y ya se le habían esfumado tres cuartas partes del sueldo. La segunda quincena era siempre un repecho en el que tenía que limitarse a lo justo y necesario después de cumplir con todos los gastos fijos. Tuvo toda la tarde para intentar organizarse, aunque no llegó a pasar de decidir que saldría a la hora del informativo. En ese momento, la gente se ocupaba menos de los vecinos porque estaba horrorizándose frente a la televisión, así que las calles se presentaban más libres

de ojos. Una vez franqueados los primeros metros se convertiría en nadie. Saliendo a las ocho y pico, le daba el tiempo de pasar por el cajero y de llegar al supermercado donde, además de algo para comer, tenía que comprarse ropa y calzado. Dio gracias a que no era invierno. No sería mucho. De todos modos, sacaría toda la plata.

Tras torturarse con los programas de la tarde a un volumen mínimo, dejó correr los largos títulos del informativo. Fue atardeciendo lentamente y la penumbra se fue adueñando del monoambiente. Se dio cuenta de que la luz de la pantalla también podía verse desde afuera. En adelante, tendría que tomar precauciones a la hora de prender la tele. Abrió la puerta centímetro a centímetro a fin de evitar todo ruido. Ganó la vereda furtivamente. Dio dos o tres miradas rápidas. No vio a nadie conocido y se apresuró a caminar los metros que restaban hasta la esquina. Así como dobló, se topó con dos o tres de los gurises del barrio, que seguían con la pelota. Había jugado con ellos varias veces, por lo que casi los saludó. Pasó caminando rígidamente. Los chiquilines no tuvieron reacción alguna.

Después de los nervios iniciales, caminó con una sensación extraña que tardó dos o tres cuadras en identificar, luego de casi caerse al tropezar con el cordón de la vereda. Era lo mismo que le había pasado cuando entró a su escuela años después de abandonarla, solo que al revés. Aquella vez, le había impresionado lo chico que se había vuelto el patio. Ahora todas las cosas eran un poco más grandes.

Respiró con alivio cuando comprobó que la tarjeta del banco seguía teniendo el mismo tamaño y funcionaba. La calma, empero, duró poco. Al salir del cajero, la plaza le ofrecía un panorama intranquilo. La mersa que solía me-

rodear el centro a partir de ciertas horas le pareció más amenazadora que de costumbre. Me estoy persiguiendo, se dijo para tranquilizarse, aunque experimentaba una viva sensación de estar bajo vigilancia. Andaba poca gente en la calle. Como era un día de semana, los restaurantes del centro se encontraban casi vacíos. Los comercios ya habían cerrado. Caminaba por una vereda incómoda cuya iluminación dejaba que desear. Al levantar la vista topó su mirada con la de dos tipos de gorrito. Dijeron cosas guturales que no entendió. Los gestos contraídos, sin embargo, fueron elocuentes. Pasados unos metros, cometió la torpeza de mirar hacia atrás. Los planchas arreciaron y entendió bien que le estaban proponiendo usar su cuerpo los dos juntos para saciar sus deseos. La indignación le subió en una descarga de calor que se congeló en la garganta. Atinó a bajar la cabeza y apurar el paso en busca de luz y distancia.

Sintió un alivio de colores y aromas. Pensó en qué parte estaba la ropa. Se preguntó si habría algo. En condiciones normales, demoraba cinco o seis días en decidir si se compraba o no una camiseta, en pensar si le quedaría bien o no, y más de una vez se había equivocado de talle por no probarse. Ni hablar si se trataba de unos pantalones. Habitualmente los buscaba baratos y simples. Sabía que lo que se encuentra en el supermercado dista de ser lo mejor, pero se trataba de una emergencia. Se compraría dos o tres camisetas y un deportivo. No recordaba que hubiera probador en ese supermercado, que era de lo peor que se podía encontrar. Sería complicado dar con el talle de la ropa. Con los championes iba a ser más fácil.

Se encontró con una góndola de color abigarrado. Con cierto esfuerzo, logró identificar algunas prendas cuyos co-

lores no le parecieron del todo ridículos. Le vino a la mente que alguna mujer le había hecho comentarios sobre los talles. Se preguntó si se trataría de que siempre se quejaban por quejarse o si tendría razón. El problema que tenía era que no tenía idea de si era G o M. Había cambiado pero no sabía cuánto ni cómo se adecuaban sus formas a los talles femeninos. Decidió que la opción más plausible era elegir algo grande. Mejor holgado que demasiado chico. De todos modos, no le quedaría tan grande como lo que había tenido que ponerse.

El calzado era barato, de plástico. Fue fácil. Algún milagro hizo que se diera cuenta de agarrar dos pares de medias. Solucionado lo más estresante, compró comida como para sobrellevar una semana de ataques aéreos.

La carga desusada de bolsas le pesaba en demasía. Paró en la puerta del supermercado a intentar distribuir mejor la carga. Afuera estaba la noche. Salió como adentrándose en una jungla, con el eco vivo de la amenaza recibida, deseando que la vuelta fuera más fácil.

Intentó elegir las calles más iluminadas. Pero, si la oscuridad le generaba desconfianza, la luz le hacía sentir que estaba en exposición. No tardó en comprobarlo cuando, después de haber transitado escasos metros, un borracho que caminaba por la vereda opuesta paró, miró, se llevó los índices a la boca y emitió un silbido penetrante. Apuró el paso. Quedaban todavía unas cuantas cuadras para llegar a casa, multiplicadas por la carga de bolsas y miedo.

De improviso, apareció otro.

Bajo la consigna de "qué tetas, negra, vamos a coger rico con papi" empezaba a tocar lo que nombraba sin trámi-

tes. La apretaba contra una pared. Una mano se iba hacia abajo y la otra, sucia y asquerosa, le tapaba la boca. Manipulaba dolorosamente. En movimientos incomprensibles, llegaba a bajarle el pantalón y la ropa interior al tiempo que él también se desvestía de la cintura para abajo. Un frío la recorría completa. La sensación de vulnerabilidad la invadía toda, de pies a cabeza, sin que pudiera imaginarse otra cosa que el ser violada por el hombre que venía en su dirección y se ganó una contundente patada en la entrepierna sin haber siquiera mirado a la mujer que le gritaba como una loca. A duras penas consiguió huir del lugar donde fuera atacado sin motivos aparentes por una mujer que cargaba unas bolsas de supermercado.

Tenía miedo.

2

Te veo como un jefe importante, con muchos servidores. Acá me muestran que eras muy cruel, o sea, no es que vos fueras cruel sino que el personaje que representabas en tu forma encarnada lo era. Eras un hombre violento y autoritario. Me muestran que tus súbditos vamos a decir se rebelaron y te esclavizaron, te encerraron en una especie de pozo, veo todo oscuro y húmedo, y te trataron muy mal, sentías el encierro, abusaban de vos, por eso capaz que tenés temor a los lugares cerrados, tu muerte fue muy agónica en esa vida. Me dicen que tenías que aprender el arriba y el abajo, a mandar y a obedecer de una manera absoluta, sin razones, eso en un plano espiritual te enseña

a tratar de elegir el camino del medio, el equilibrio, ¿entendés? Es como lo masculino y lo femenino, el yin y el yang, en varias de tus vidas tuviste experiencias similares. Por ejemplo, ahora me muestran que fuiste un niño débil y te hacían poner vestidos de nena para divertirse. Ahí aprendiste a experimentar el odio y los sentimientos de venganza. Lo que me llama la atención es que tu alma me muestra solamente hombres. Es raro, generalmente lo común es que cuando se encarna muchas veces en hombres es porque se trata de almas bastante nuevas en el planeta y como que la psicología masculina es más sencilla, viste que como en realidad venimos al mundo a aprender, es como una escuela, es como que se empieza por lo más sencillo para después ir a lo complejo. Me dice tu madre, el alma de tu madre, que viniste a esta vida a aprender a recibir y a gozar la experiencia de vivir de una manera más interna, a transitar la frontera entre el cuerpo y el alma, me dice. ¿Qué significa? Tu alma te explica que viniste a vivir la experiencia de la liberación, a dejarte llevar, como en un vals donde vas girando sin que sepas por qué y sentís una mano en la cintura y el aliento del viento, es re poética tu alma. También me dice que tenés que abrirte al amor verdadero, que te vas a dar cuenta cuando llegue, es como el orgasmo, me dice, es algo que no se explica, se siente, que si nunca lo viviste no sabés, hasta que te ocupa de pies a cabeza. Me agrega que no tenés que buscar nada, que solamente precisás estar relajada y que, si ya lo pediste realmente, va a venir, no sirve de nada forzar las cosas. ¿Tu familia? Es raro, me aparece gente que se ve como de cartón, como una especie de caricatura. Una mujer y una niña, como hechas de la misma pieza, tomadas de la mano

pero no se ven las manos, no termina una y empieza la otra, después un hombre pero ese sí, hecho de otro material, alejado, tipo una separación grande noto. Ah, claro, tu alma me dice que para vos la familia fue como las manualidades de la escuela, no te gustaba hacerlas, te las hacía tu madre, una mujer, eso, una mujer armaba todo y vos eras como un niño que no sabía por qué ni para qué ni cómo. Es curioso que tu alma me muestra como un niño primero y después como un hombre y, sin embargo, tenés una energía femenina impresionante. Es como si fueras un volcán de cartón que de pronto estalla en mil colores, increíble, tenés un alma de poeta, claro, me dice, la poesía es una forma de evolución, sabés, sí, arte, veo mucha relación con el arte en alguna de sus formas. Vos me comentabas que no sabías qué eras y sos eso, sos artista, tu alma te explica que tenés que vivir la vida como si estuvieras pintando uno de esos cuadros de Pollock, viste, como ir tirando tinta y contemplar el movimiento, el momento en que los colores pegan en la tela y se chorrean. Tus proyectos… Acá me dicen que dependen de tu imaginación. Tenés que sentirlo y solo así vas a poder hacer posible lo imposible. O sea, no hay nada realmente imposible, lo que hay son cosas que están en la imaginación, nada más. Que te dejes volar como una barboleta, esa palabra, mirá qué lindo lo que te dice tu alma, vos podés ver la luz de la oscuridad, como las mariposas nocturnas. ¿Que te haya pasado algo imposible? Es obvio, me dice, si pasó no es imposible. Fue un gran cambio y los grandes cambios te dan nuevas perspectivas, tu alma te dice que lo que te pasó si no lo entendés es porque no precisás entenderlo, por lo menos de momento, lo que sí, seguro, es que te permite ver tu divinidad desde otro ángulo, es una gran oportunidad, viste lo que dicen,

si hacés las cosas siempre igual, vas a tener siempre los mismos resultados.

La voz de la mujer era suave, como un mar que apenas ondea, fluida, como si supiera desde siempre lo que le estaba diciendo. Lo había notado mientras le hablaba y, horas después, escuchando la grabación, todavía en un estado de una lucidez calma, sentía el mismo tono de quien dice lo que pasa frente a sus ojos, como si contara una escena de un cumpleaños infantil. De hecho, había descrito a sus padres como si los conociera de toda la vida. Sobre la madre, apagada y silenciosa, siempre eficiente pero con una tristeza de raíces largas, le había dicho que había venido al mundo a aprender a estar siempre en segundo plano, que había decidido vivir la infelicidad. Del padre, de ideas duras, en el fondo muerto de miedo, aferrado a las cosas concretas por falta de confianza en el mundo, le había explicado que necesitaba aprender los efectos de la inflexibilidad. Le había hablado de su vida de un modo tan claro y simple que no vio otra posibilidad que, más que creerlo, de saberlo. Allá por el final de la sesión de apertura de los registros akáshicos, cuando ya sentía una confianza total, se animó a preguntar por el amor.

En la oscuridad de la noche del hotel de Río Branco, retrocedió el audio para volver a dejarse llevar por las palabras que invitaban a permitirse ir al ritmo del baile de todas las cosas. A su lado, el pecho amado subía y bajaba rítmico y tranquilo. Se acordó de varios momentos de su última vida. Se dijo que seguramente tendría mucho que agradecerle a Lucía. Solamente con ella había compartido su vida. Era quien le había recomendado que fuera con la mujer de los

registros akáshicos, además de haber sido la que la recibió, la apoyó en todo momento y le enseñó lo más importante del oficio. Ser prostituta no es nada fácil. Nadie piensa en eso. La sociedad condena mucho. Los hombres las ven como máquinas ordeñadoras y las mujeres como unas rivales despreciables. El horario generalmente es de noche, el público suele ser complicado y el ambiente entre compañeros de laburo es jodido. La mayoría, además, labura en lugares horribles o en la calle. Tenía que agradecer no haber caído con un fiolo y que, como estaba buena, logró meterse en el mejor de los quilombos, pese a lo cual no se trataba de ningún lecho de rosas. La casa era una máquina de hacer plata. La vieja las cuidaba como a mercadería y nada más. El pago del cuarto era de una puntualidad inglesa y podía ponerse bastante persecutoria con el tema de los porcentajes. Pero, por supuesto, ese no había sido ni cerca su mayor problema en la profesión. De hecho, había llegado a pensar que ser puta era más o menos lo mismo que ser chofer de ómnibus, al margen de la boludez que se le había ocurrido una vez de que a los dos les pagaban por sentarse y manejar una palanquita. Trabajar siempre era difícil, se dedicara a lo que se dedicara. Pero, claro, hay unas cuantas profesiones que la gente elige por gusto y otras que hace con gusto. En su caso, por falta de opciones.

Aquella primera noche en que se aventuró a la calle por primera vez como mujer, temió enloquecer luego de emprenderla a patadas contra un tipo que se cruzó. De pronto no era más que una mujer indefensa a merced de cualquier hombre que decidiera atacar. Llegó al apartamento casi sin reparar en el camino que hacía, esta vez sin cuidarse de las miradas chusmas de la dueña. Abrió la puerta con manos

imprecisas y, una vez que la hubo franqueado, la cerró como si de ello dependiera su sobrevivencia. Transcurrieron unos momentos hasta que consiguió serenarse. Se sentó en el piso sucio y, cuando retomó un poco el control, estaba en posición casi fetal y aferrándose a las bolsas. Las soltó.

–La gran puta.

En un reflejo innecesario, buscó el teléfono para ver la hora. Tenía cinco llamadas perdidas y varios mensajes. El Sandro de nuevo, a ver si iba a dar señales de vida y que, en caso afirmativo, se presentara a primera hora para un turno a Montevideo. El Méndez le había escrito, quería saber si pasaba como todos los días. La exmujer preguntaba qué había pasado y por qué la habían llamado a ella, hablaba algo de una denuncia. No entendió quién era que pensaba hacerla porque se le antojó que aquello no pasaba de otro de los inventos de la mina para molestar. Consideró, de todos modos, que había desaparecido y era esperable que la gente empezara a preguntarse sobre su paradero. Estaba totalmente ilocalizable. El peor de los casos sería que tiraran la puerta abajo, momento tras el cual se encontrarían con una linda mujer negra que no sabría darles referencias de Óscar Quintana y, de hacerlo, estas serían enteramente inverosímiles. Si les dijera "yo soy Óscar Quintana" la reacción sería la carcajada, la internación o ambas. Incluso, si lograra dar datos íntimos con rapidez no dispondría de público apto para creerle. El Sandro no sería, ese se limitaría a seguir llamando por teléfono durante un tiempo hasta que, en algún momento, recibiría la llamada del gerente de personal para anunciarle el despido y decirle que pasara a firmar la baja. Cómo iba a presentarse para cobrar el seguro de paro, de qué modo iba a firmar los papeles. Y la cé-

dula, con la foto de Óscar, tan diferente de la mina en que se había convertido. Es decir, era una indocumentada, como una inmigrante subsahariana, pero con el agravante de no serlo y de que en el país no había nadie que tuviera eso en la cabeza. Los únicos africanos que habían dado que hablar en el país eran unos que jugaban en Tacuarembó y otros dos o tres nigerianos que cayeron de polizones en un barco. Tal vez tendría que fingir que no entendía nada e impostar una mudez completa. No, así le podía ir bastante mal. Le quedaban casi dos semanas para decidir algo. Y poca plata.

No tenía origen. Nadie le había sacado una foto. Quienes la habían visto no la habían visto. Era cierto que unos tipos le habían dicho unas groserías pero no eran personales, si solo observaron su cuerpo. La cajera del supermercado a lo sumo habría reparado en lo extravagante de la ropa, no habían hablado. La única que conocía su voz era Brisa. Una mujer anónima que atiende el teléfono de tu padre, vaya carta de presentación. No figuraba en ningún registro. Sin cédula, sin libreta, sin BPS, sin poder usar la tarjeta de crédito, sin nada que no estuviera a nombre de un hombre inexistente. Lo único que podía hacer, antes de ver cómo se inventaba una nueva vida, era probarse la ropa y comer, todo lo más a oscuras que fuera posible.

La noche, cuando se la escucha, es un animal que respira silencio. Al no taparla de ruidos y fogatas de colores artificiales, obra como un espejo del alma. La oscuridad le permite a los ojos que miren hacia adentro. Intentó ordenar su vida pasada como si ya hubiera muerto, al modo de las biografías. El primer recuerdo que tenía era en Melo. Estaba en la vereda y tironeaba un yuyo. Jamás había entendido

por qué se acordaba de una cosa tan insignificante y tan sin gente. Quizás tuviera que ver con que estuvo solo en ese momento, sin personas mayores pendientes. Como se encontraba ahora, después de salir, quién sabe, de qué suerte de cascarón. Después rememoró imágenes de cosas que habían pasado en casa. La vez de la discusión de los padres, por ejemplo, y de cómo logró hacerse invisible para poder observarlo todo. Cómo ambos habían seguido con sus vidas, cómo cada uno llevaba su camino de añejamiento malo, donde los dos parecían convertirse en caricaturas perversas de sí mismos. Su propia inexistencia frente a los hechos. En la escuela, por ejemplo, donde no había sido un buen alumno pero tampoco uno malo. Le costaban las cuentas y le parecía que escribía más o menos. En los recreos jugaba a la pelota en el montón. No era de los últimos ni de los primeros que elegían, así que podía permitirse burlarse de un gordo tronco que había, el Gordo Gonzalo, a quien era ideal torturar porque apenas si esbozaba una tímida resistencia con esas manitos fofas que tenía y sus chillidos medio de nena. Años después lo había visto al Gordo Gonzalo, más o menos igual a cuando era chico pero embutido a duras penas en un uniforme de milico. No se saludaron. Y después lo más reciente, el liceo incompleto y el completo desastre de la relación con la madre de su hija. Enumeró, como si fuera a incluirlos en un currículum, los laburos que había tenido. La verdulería del tío de un amigo, en un puesto de bagayo. Después de irse del pueblo, se metió en la construcción, donde vio que no servía y prefirió irse en vez de robar la plata como hacían algunos de sus compañeros. Por medio de un conocido agarró un reparto de supergás donde estuvo unos meses, hasta que se enteró de que pedían

conductores para los ómnibus locales. Como pagaban más, no vaciló, como tampoco dudó en dejar el trabajo cuando oyó que estaban buscando choferes para la empresa donde estaba trabajando. No había tenido nunca problemas en los trabajos y los cambios habían sido nada más que por plata. De todos modos, tampoco le gustaban. Una vez alguien le había preguntado si estaba bueno ser chofer, si levantaba minas, cosas de esas, y le dijo que laburo era laburo, lo precisaba para comer y tener un techo arriba de la cabeza. Lo que no sabía era realmente qué le gustaba hacer. Era un jugador mediocre, un bailarín tosco, no entonaba ni el arrorró, con las mujeres no le iba muy bien ni le interesaban mucho tampoco, no podía dibujar ni pintar, no era un tipo con fuerza ni muy habilidoso. Miró a su alrededor y no vio nada, no porque tuviera la luz apagada sino porque lo sabía, allí no había ni recuerdos ni cosas haciéndose. No tenía una casa, ni un auto, ni tan siquiera una moto. Perder el empleo constituía un problema meramente económico. Dejar su vida atrás no era nada. La gurisa era su única amarra. Había nacido en el pueblo. Cuando le avisaron que la mujer estaba en trabajo de parto se tomó el primer ómnibus que encontró. Llegó cuando ya llevaba un rato en el mundo. Más adelante, había tratado con la niña como quien manipula un objeto extraterrestre que puede explotar a cada momento. De hecho, el bando de mujeres acantonadas en torno a la criatura esperaban que eso pasara y, ni bien amenazaba con llorar, hacían gala de su violencia quitándosela de los brazos y hamacándola con gestos elocuentes. La vio bien poco porque en seguida tuvo que volver al yugo y recién tomó contacto realmente con ella unos meses más tarde, cuando la madre por fin decidió irse a vivir con él. La convivencia trajo consigo las peleas, de muchas de las cua-

les nunca supo qué orígenes tenían. Durante ese tiempo, fue tratado de inútil, poco hombre, estúpido, mongólico, pajero de mierda y, en momentos cúspides, de guampudo. De hecho, rememoró, solía haber una progresión en los denuestos que habitualmente incluía la descripción de una situación, la comparación con asuntos anteriores, una repetición de la queja inicial varias veces, la elevación del tono de voz frente al mínimo intento de justificación, de defensa o de esperar a que pasara el temporal y, por último, agotados la introducción y el desarrollo, un sector de conclusiones en forma de insultos, dentro de los que la alusión a los cuernos no solía faltar. A la luz de la noche, entonces, tuvo una duda que, por algún motivo, no se le había pasado por la cabeza. Quiso evocar la cara de la niña y cayó en la cuenta de que hacía como tres semanas que no la veía. Lo asustó darse cuenta de que le resultaba difícil rehacer las facciones de Brisa mentalmente. No era fisonomista, así que se perdonó un poco. Sin embargo, tampoco podía decir con mucha certeza cómo era la personalidad de la gurisa ni qué hacía, ni cuáles eran sus gustos sin que se oyera, como una banda sonora molesta, la voz chillona de la madre. En ese sentido, debió admitir para sus adentros, casi podía decirse que no era su hija.

Los recuerdos no le iban a pagar el alquiler. La plata que le quedaba tampoco. Hizo las cuentas y el resultado que obtuvo fue apretado. Podría comer durante varios días tras los cuales se extendía el vacío más desesperanzador. El alquiler vencía el diez. No tenía cómo generar plata. Estaba clavado que se iba a quedar sin laburo. Además, tenía que dejar el apartamento. Con lo rompebolas que era la vieja, no había forma de que se quedara ahí. Iba a tener que

generar recursos rápido para poder rajar a la mierda, alquilar otro lugar y, además, comer. La situación era desesperada. Como tal, pedía soluciones desesperadas. Descartado el trabajo que tenía hasta hacía unas horas, tendría que buscar. Podía hacer unas cuantas cosas, siempre que no requirieran mucha preparación aunque, mientras se lo decía se dio cuenta, tenía que ser algo en negro. No tenía documentos, por lo tanto no era nadie. Con lo duros que se habían vuelto los del BPS y la DGI, todo el mundo ponía a los empleados en caja. Para laburar como informal, además, precisaba conocer a alguien o tener un capital para, por lo menos, bagayear algo y ver a quién se lo vendía. Incluso poner un puesto en la feria se le antojaba improbable. No tenía las rutas, no tenía los contactos, no sabía qué vender ni de qué manera. Nadie iba a salir en su ayuda porque no era nadie. De pronto estaba en medio de la guerra con un tenedor. Pero, ¿tenía aunque fuera eso? Cualquiera de las cosas que sabía hacer de pronto se limitaban a posibilidades cerradas tras puertas burocráticas. Iba a laburar de cualquier cosa menos de lo que ya había hecho. En realidad no, no de cualquier cosa sino de lo que pudiera conseguir rápido y sin necesidad de documentos. Limpieza, tal vez. Las mujeres sin estudios terminaban de domésticas, ganando muy poca plata. Muy poca plata, sin mencionar que con el endurecimiento de las leyes sociales también tenía que estar en caja. Puta madre, estaba afuera de todo. Necesariamente lo que consiguiera iba a ser informal y anónimo, algo en lo que no debiera depender de nada ni de nadie, algo para lo cual no se precisara ningún conocimiento, habilidad ni contacto.

La conclusión fue fácil. La única salida, por el momento, era la calle. Necesitaba un piso de plata rápido para mudar-

se. Calculó cuántos tipos por noche haría. Cuánto podía o tenía que cobrar. El resultado fue alarmante. De pronto, estuvo frente al precipicio sin más camino que dar el paso adelante. Iba a tener que dejarse coger por cualquiera que pagara. Experimentó un rechazo visceral frente a la imagen de lo que tenía por delante. Si lo veían los muchachos. Eso no era nada, ni siquiera lo iban a reconocer. El problema era verlos a ellos. Tener que atenderlos. Estaba en la obligación de pasar de una vida razonablemente heterosexual a la prostitución a salto de mata. Se preguntó si chupar pijas y dejarse garchar lo convertía en puto. Se había comido a un marica del pueblo como todo el mundo pero no por eso se convertía en puto. Lo había tocado con precaución, cuidando de no toparse con las partes masculinas, sin cariño ni otra preocupación que cumplir con el ritual y dejarle el lugar al próximo. Ahora, sin ganas, le tocaba ser el puto, pero con la ventaja de tener un cuerpo de mujer. Había escuchado decir que, de cierta forma, los travestis eran una especie de mujeres que sabían lo que sentían los hombres, por lo que eran mucho más precisos en ciertas prácticas. El condón era el mejor amigo porque convertía una verga en una cosa de goma. Capaz que se acostumbraba.

La abuela lo había convencido de tragarse aquel jarabe espantoso. Era sabia. Mirá, lo vas a hacer igual pero, si seguís mañereando vas a pasar mal todo ese rato y cuando lo tomes, así que mejor te dejás de pavadas y te lo tomás de una vez. Cada vez que pensaba en solucionar un problema difícil de tragar se acordaba de eso. Entonces, intentó seleccionar, dentro de la escasa ropa que tenía, la que mejor se adaptara a las necesidades de la prostitución callejera. Y salió a caminar la noche.

Desde el cuarto del hotel, sabía que cerca se movía la corriente maciza del Yaguarón entre los pilares del puente Mauá. Hacía muchos años que no cruzaba para el lado brasilero y algo le decía que podía llegar a demorar mucho tiempo en atravesar la frontera de vuelta. El país iba a entrar en el pasado. No conocía Pelotas pero, en su imaginación, era una tierra prometida. Iba, sobre todo, en buena compañía. El amor le había llegado de la noche a la mañana, sin que tuviera idea de cómo ni por qué. Simplemente apareció. Tuvo, eso sí, el buen tino de dejarse llevar por el agua del momento, de no oponer resistencia a lo desconocido, una actitud que indudablemente no habría tenido tiempo atrás. Claro, ningún salto al vacío sería mayor que el de aquella noche. Se precisaba mucho más coraje para salir a la noche a vender el cuerpo que para andar a las piñas como algunos que se las daban de guapos. Había caminado con pasos decididos rumbo a la zona roja. Había evitado de antemano la cuadra de las barracas, el reino de los travestis, porque suponía que el territorio estaría celosamente guardado por las hetairas rocosas. No se competía.

Había pocas mujeres en la calle nocturna. Tenía muy claro que, durante el día, las minas solían establecerse de la rotonda hacia afuera y eran dueñas de cerca de tres kilómetros espaciados hasta antes del puente. De noche, había visto unas pocas putas en la calle. Debía ser bastante inseguro. Pero, de todos modos, no veía viable meterse a un boliche. No sabía cómo funcionaba. Además, era así, cuando se le ponía algo en la cabeza, iba para adelante sin detenerse ni pensar en nada más que eso. Entonces, puso su mira en el predio ferial, más específicamente en unos muritos y una parada de ómnibus donde había visto unas

mujeres. Se preguntó si sería mejor que estuvieran o no porque, si usaban el lugar, significaría que era seguro y, si no, tanto podía querer decir que estaban ocupadas y por lo tanto trabajando, o bien que el punto era riesgoso y por eso no lo tomaban. La cuadra parecía bastante despoblada. No vio mujeres, así que tenía dónde pararse. Se quedaba ahí, sacaba culo y tetas y miraba provocativamente a los tipos que viera con pinta de andar buscando una puta. Hasta ahí, el guion estaba claro, lo había visto hacer. El tema era lo que seguía después, de lo cual no había sido testigo, sobre todo qué lugar le convenía para llevar a cabo el servicio. Hotel no tenían, seguramente tampoco casas. El asunto debía dirimirse en ciertos lugares resguardados de las miradas y tal vez con ciertas comodidades. Decidió que, a falta de un punto seleccionado previamente, iba a meterse en el montecito que empezaba a no más de doscientos metros.

Iba decidiéndolo cuando una moto ruidosa frenó bruscamente y el tipo le preguntó el precio.

–Quinientos.

–¿El medio?

–Sí.

–Subite.

Trepó a la moto. El loco no llevaba casco y, evidentemente, así irían los dos.

–¿A dónde vamos? –preguntó el cliente.

–Andá para el monte.

Fueron pocas palabras. No hubo mucha ceremonia. Se metieron entre los eucaliptus tras dejar la moto en el camino de tierra del costado sin tránsito. No hubo diálogo. El hombre se mostraba automático en sus movimientos porque sa-

có un billete del bolsillo pocos segundos antes de desprenderse la bragueta y bajarse los calzoncillos. No parecía muy sucio. Extendió la mano con la lentitud del asco y la posó en los testículos del cliente, que se estremeció. Funcionaba. Tocó con las yemas, más por pocas ganas de agarrar que en busca de una práctica eficiente. El tipo parecía disfrutarlo. Se le ocurrió que era bastante más fácil que satisfacer a una mujer. No tenía que prender velas, poner música ni declarar su amor de rodillas. Bueno, de rodillas estaba, pero por un motivo práctico, frente al sexo que se levantaba rápidamente. Una vez que pareció llegar a su forma definitiva, sacó un condón y convirtió el pene en un juguete de plástico sobre el que posó su boca pensando en qué le habría gustado a él mismo, por lo que rápidamente se decantó por una aproximación tenue. Sabía que, en materia de sexo, la lentitud era la madre de la velocidad. Lo comprobó en boca propia. La consistencia parecía estar bien y empezó a moverse rítmicamente, aumentando la velocidad de un modo paulatino, al tiempo que prestaba atención a las reacciones del hombre, al que miraba de reojo. Se preguntó si le quedaría la misma cara que a las minas de las películas. Igual la vista no influía mucho en el proceso. El tipo tenía los ojos cerrados y respiraba fuerte. Tal vez en algún momento tendría que pasar a la siguiente fase, aunque el otro no daba señales en ese sentido. Más aun, parecía especialmente entusiasmado por el trato recibido tanto que, de pronto, comenzó a acompañar los movimientos orales con los suyos propios, invitando a que el ir y venir arreciara. Tras cinco o seis de esos embates, notó un pulso casi imperceptible al que siguió un temblor acompañado de una especie de carraspeo que le llegó de arriba.

Retiró la boca. El tipo se sacó el preservativo y lo tiró al suelo. Se subió la ropa.

–¿Te llevo?

–Dale.

Había sido fácil y, de algún modo, podía decir que no había perdido la virginidad.

–Te busco después, nos quedó algo pendiente.

Así se despidió el primer cliente, cuya cara no había llegado a ver bien. La noche le depararía tres más, más o menos igual de fáciles, de los cuales solo uno, el penúltimo, pidió para completar el coito. Le habría provocado dolor de no haber sido tan rápido.

En medio de la noche divisoria, rememoró el baño que se dio el día de su desvirgue. Nunca se había lavado con tanto detalle y saña. Guardaba punzantes los olores a monte y a hombre. El trabajo, si bien era sexual, se asemejaba más a hombrear bolsas de portland que a lo que suponía. Los tipos acudían como si fueran a la estación de servicio, solo que a descargar. Tenían, dentro de su utilitarismo, cierto ceremonial detrás del cual tal vez se escondiera la inseguridad o el agradecimiento por no someterlos a las burocracias de sus mujeres. Notaba que había unas reglas en el intercambio, que tal vez se pasaran inconscientemente de generación en generación, como las de la bolita. Vio otras minas que andaban en la vuelta que la miraron, como esperaba, con desconfianza. Había salido de la nada y muy probablemente les estaba robando los clientes. Eran bastante fuleras. No le causó extrañeza el hecho de que, tres o cuatro días más adelante, se le echaran encima. Le llovió un enjam-

bre de cachetazos y tirones de pelo. Por un motivo que no entendió, logró no caer al piso, donde seguramente le habrían dado sin lástima. De gurí había visto una pelea de mujeres que empezó entre dos y, cuando una cayó, terminó siendo dos contra una. Junto a los tortazos le llovieron insultos. Negra sucia de mierda, volvete para tu país, atorranta, te vamos a arrancar las motas de a una, entendés, esta calle es de nosotras. Esas fueron algunas de las cosas que entendió, como también terminó por darse cuenta de que las agresoras no habían actuado enteramente por cuenta propia cuando, no bien la soltaron, apareció un tipo que le habló amablemente ofreciéndole protección a cambio de un porcentaje. Se la chupaba a la población del mundo igual, no le importaba, pero no iba a trabajar para un fiolo. El loco estaba bien vestido, hablaba amablemente, se le notaba la profesión en cada gesto. Lo miró con el silencio más duro del que fue capaz luego de la paliza. Vos y yo podemos hacer buenos negocios, le dijo. Siguió sin responder y emprendió su retirada. Ese fue el último día que estuvo en la calle. Pero no se fue a su casa. Tenía que trabajar, no la iban a matar de hambre unas locas sueltas y un fiolo de mierda. Con paso decidido, franqueó las dos cuadras necesarias para llegar al mejor de los quilombos. Nada de pasos intermedios.

–Quiero trabajar –le dijo al portero.

Ya conocía la parte sucia de la profesión. No podía empeorar puertas adentro.

–Tenés que hablar con la señora.

–¿Se puede ahora?

El empleado la arrimó hasta la cantina, donde le hizo un gesto al de la barra. Este, a su vez, le franqueó la entrada

por una puerta semiescondida atrás de unas heladeras. Se oían ráfagas de música, risotadas de hombres y mujeres. En el aire había un olor especial, hecho de la mezcla de perfumes y de algo más que no identificaba. Había visitado la casa antes, claro, pero como un cliente pasado de copas. Ahora iba a entrar al corazón del negocio, con la súbita lucidez que le habían dado el miedo y la necesidad. Las miradas se posaron en su cuerpo con la frialdad del que ve pasar un cajón de cerveza. La habitación tras la puerta era como otro mundo. Se escuchaba una música india que se deslizaba sobre un perfume desconocido, calmante, que tal vez se desplazara en volutas invisibles siguiendo el patrón búlgaro del empapelado. Sobre un extremo, florecía un matorral de pelos exuberantes y artificiales que coronaban la cabeza de la mujer sentada en un sillón regio y moderno, levemente teñida por los rayos de los monitores en los que se veían varios ángulos del lugar. Las mujeres estaban en las puertas de las habitaciones, algunas avanzando sobre los hombres que vagaban por los pasillos, otras aparentemente invisibles umbrales adentro, las demás presumiblemente en plena faena, cerrados los cuartos.

La mujer no saludó y tampoco parecía que fuera a molestarse en gentilezas. Hizo un gesto que pareció significar que tomara asiento.

–Los mandamientos acá son pocos –empezó–. Uno, pagás la pieza o volvés a la calle. Dos, ni drogas ni alcohol acá adentro, nada. Tres, sin condón no se trabaja. ¿Es claro?

–Sí, ¿hay algo más?

–A más tardar en una semana me traés el carné de salud y los documentos. Y conseguite una ropa mejor, hay algo para emergencias, preguntale a Ruben, él te va a ubicar.

El tema era no calcular, no pensar. Había sido un hombre muy medido. Lo evaluaba todo quinientas veces antes de resolver algo, lo que solía redundar en que la decisión, por demorada, terminaba siendo quedarse quieto. No es que tomara en cuenta las opiniones de los demás sino que se adelantaba a estas, previéndolas en sus posibilidades más negativas. Intentaba adaptar sus actos a un libreto que ni siquiera conocía cabalmente y, de pronto, se vio convertido en una mujer que, para sobrevivir, tenía que tirarse al agua hirviendo. Le sorprendía haber pensado que las mujeres se complicaban mucho más para todo. La inexistencia social le había dejado nada más que el cuerpo y la voluntad. Los escrúpulos eran un lastre para su vida, de modo que no vaciló en hacerse, por ejemplo, de todos los documentos falsos que precisó. Había recibido, eso sí, una bendición. Era una mujer de una belleza impresionante y exótica, sin necesidad de adornos ni retoques. Las curvas brillantes de su piel, allí donde se mirara, le resultaban irresistibles a la mayoría de los hombres. La medida de esto la dedujo de la rapidez con que pagaban el precio que les soltaba a bocajarro, en contraste con el regateo que debían sufrir unas cuantas de sus compañeras, en varias de las cuales sorprendió miradas envidiosas. Había escuchado a unos tipos que leían el nombre de la puerta, "Barboleta", como confirmando lo que habían ido a buscar. Comprobó, también, que no solo atraía a los hombres cuando un día, antes de empezar la jornada, Lucía la tomó elocuente por la cintura y le habló al oído. "Tenés que ir a casa, negrita", le dijo, acompañando las palabras de una mirada elocuente y un beso que superaba la barrera de la ambigüedad. Como dejarse llevar venía dándole buenos resultados, aceptó el convite sin dudarlo.

Fue la primera vez en mucho tiempo que tuvo sexo sin cobrar y sin que hubiera un pene de por medio, ya fuera el que supiera colgar entre sus piernas o los de los clientes. Sin proponérselo, estaba haciendo realidad el chiste de un amigo del pueblo. "Me gustan tanto las mujeres que si fuera mina sería tortillera." Era una bravuconada imposible, claro, del tipo de la de otro, rechazado tantas veces, que declaraba que, de ser mujer, sería "putaza". Quedaron de encontrarse al otro día, de tarde, en la casa de la otra. Había un olor suave que llegaba desde la cocina. La decoración mostraba gusto y el vino blanco que sirvió también. A diferencia de la música gritona que retumbaba en los pasillos del quilombo, se oía una melodía suave. Se sentaron en un sofá angosto. Lucía tenía una solerita negra sutilmente reveladora que acariciaba la piel. Conversaron. Se presentó, por vez primera, con el nombre que había hecho figurar en el documento, Blanca Martínez. Se le había ocurrido porque en el pueblo había una negra vieja que se llamaba Blanca y lo de Martínez fue el primer apellido común que pensó. Martínez Rodríguez, para no complicarse y evitar que le buscaran parentescos. También había resuelto que tenía que tener una historia para contar. Entonces se inventó un padre perdido, bajado de quién sabe qué puerto y llegado de un país africano que nadie sabía, y una madre ya muerta después de una vida errante en prostíbulos de Montevideo y luego del interior, donde acabara perdiendo la vida por una enfermedad que bien pudo haber sido cáncer pero a la que ningún médico prestó atención. Después venía la lucha solitaria por sobrevivir y la bajada a la costa en busca del sustento, como tanta gente. Contó algunas partes de la vida que se había armado, como si le diera pudor revelar toda la verdad.

Lucía, por su parte, le habló de su familia en Salto, de cómo se había escapado y de qué manera se había enterado su madre, tan católica, de que estaba changando. La imitación de la santa señora al borde de un ataque de nervios, con el excipiente del vino, fue como hacerles cosquillas. La risa desbordó la copa, que venía llenándose lentamente. Se volcaron la una sobre la otra. Se reconocieron, se apreciaron, sopesaron, recorrieron, se compararon, se derramaron y conoció partes y sensaciones de su cuerpo cuya existencia ignoraba. Como mujer, descubrió que podía ser desmedida.

Estar fuera del país significaría una distancia tal vez aun más insalvable con Brisa. Podía haber pasado por el pueblo para intentar verla de cerca. En lugar de hacerlo, le había mandado un mensaje de mierda por Facebook, donde todavía conservaba la foto de Óscar Quintana y en cuyo muro habían pegado toda clase de mensajes estúpidos sobre su desaparición. Había sido noticia en la tele, en las radios y en los diarios. El misterio del chofer que se había esfumado circuló durante un tiempo de boca en boca, envuelto en suspicacias y versiones contradictorias. Filmaron el apartamento, entrevistaron a la dueña. La yegua de la exmujer también tuvo sus minutos, en los que aprovechó para pasar facturas y tirar pataditas poniendo por delante a la niña, como era su costumbre. Los compañeros de trabajo se mostraron sorprendidos, más que nada porque el desaparecido se destacaba por su puntualidad. También señalaban que se trataba de un hombre reservado de cuya vida no se sabía demasiado, no había hecho amigos muy profundos y, al más cercano de sus compañeros de trabajo, el Méndez, no lo habían entrevistado. Tal vez por perderse

parte de las noticias, jamás llegó a tener claro quién había hecho la denuncia. De entre las estupideces que se dijeron, no pudo evitar reírse de la hipótesis del secuestro. ¿Quién iba a secuestrar a un laburante y, por si fuera poco, pelado de solemnidad? Como el pedido de rescate no llegó, tuvieron que descartar ese disparate y volcarse por otros. Hablaron de drogas, de trata de blancas, de deudas de juego y de que evitaba pasarle la plata a la hija. Ella era lo único que le causaba preocupación y, después de conseguir sobrevivir, su obsesión era poder cumplir con sus responsabilidades y verla. Por eso le mandó el mensaje. "Papá está bien. Te quiero mucho." Había dado infinitas vueltas en torno al asunto. Qué poner, qué no. Cualquier cosa que le dijera sería mentira y los hechos reales resultarían imposibles de creer y aceptar. Pero era la verdad. Para cuando se armara el revuelo por el mensaje, si eso llegaba a suceder, ya estaría lejos del griterío. El único retazo que le restaba de su antigua vida era un amor paternal imposible. Esa era la nota amarga de la felicidad que vivía después de desembarazarse de las armazones del pasado y conocer el amor. Lucía había estado a su lado todo el tiempo y, además de una amante exquisita, se había revelado como una amiga comprensiva y dispuesta a todo. Sentía una confianza total por ella y por eso fue que se atrevió a decirle que nunca había hecho el amor con un hombre.

–Yo tampoco, creo –le dijo–. Coger cogí, pero sin amor y no sé si se puede decir que con amor.

–Lo que te digo es que nunca lo hice sin cobrar.

–¿Ni de chica? ¿No te violaron ni nada?

–¿Cómo?

–A mí me violaron varias veces, me di cuenta después.

Es cuando vos no querés y te cogen igual. Una es chica y no sabe pero después te das cuenta. A veces ellos tampoco se dan cuenta pero la mayoría de las veces les importa una mierda. Yo me di cuenta cuando entré de puta, ahí ves la diferencia. ¿En serio nunca cogiste gratis? ¿Siempre supiste que eras gay?

–No sé bien. Me gustaban las mujeres pero nunca probé a los hombres.

–Eso se soluciona fácil –le dijo, con una caricia.

El silencio de la noche destacaba mejor las partes brillantes. Le dio un poco de vértigo y también un poco de gracia el recuerdo de cómo habían tomado la decisión de irse a Brasil. En su vida anterior, en ningún momento habría dado un viraje de timón así de grande sin haberse asegurado de que cada detalle funcionaría. O, mejor dicho, nunca lo habría hecho. Seguía siendo una persona que pensaba en todo, con la diferencia de que, en vez de hacerlo largamente antes de doblar un dedo, lo hacía después de mover todo el cuerpo. En parte por lo que le había pasado y también porque no tenía nada que perder. Acaso la niña fuera lo único que tenía que dejar atrás pero, en rigor, nunca la había tenido, eso sin considerar el aleteo de la duda acerca de su paternidad.

Lucía la había llevado a la mejor discoteca, donde supuestamente estaban los hombres más lindos. En un principio, le había parecido casi disparatada la idea y había esbozado una resistencia. Lucía insistió. Y le dijo que se olvidara de ella si no iba y se llevaba al tipo que quisiera. Agregó más todavía. Si no lo hacía era porque no tenía ovarios y a ella no le gustaban las minas cagonas.

Hicieron el clásico numerito de las dos amigas. Bailaban entre ellas, tomaban tragos dulces. Blanca intentaba fingir cierta indiferencia mientras oteaba el panorama. Alguno le tendría que gustar. Se dedicaba a echar miraditas como una forma de evaluar su poderío. A medida que lo iba haciendo se presentaban los candidatos como tironeados por las carnadas evidentes que les lanzaba. Indudablemente la psicología masculina era muy simple. Tenía el poder de elegir qué tipo se llevaba, motivo por el cual fue descartando a los feos, los demasiado jóvenes, los demasiado viejos, los panzones, los que reconocía como clientes, los que no estaban con mujeres. Fue seleccionando los que podía decirse que estaban razonablemente buenos y los que tenían pinta de simpáticos o buena gente, proceso luego del que no le quedó casi ninguno. Demoró bastante rato para conseguirse uno que reuniera los requisitos mínimos.

Tras los devaneos del cortejo, un rato después, el tipo se volcó irremediablemente. El episodio fue anodino y olvidable. Se incorporó rápida. "Tendría que haberte cobrado", le dijo. Había hecho todo el trabajo. Sin darle tiempo a reaccionar, llamó por teléfono a Lucía. Haberla dejado probar un hombre era un gesto de confianza y generosidad que solo podía haber nacido del amor.

La ciudad

Las ciudades son organismos vivos y, si se les presta atención, lo que suponemos era nuestra vida individual se diluye salinamente en una corriente que en el mejor de los casos se atisba. Los nativos de las urbes se sienten duchos cuando circulan, al mejor estilo de la bilis o la linfa, por los tubos del metro o los recovecos donde consiguen cobijo y satisfacciones. Los visitantes, en cambio, pueden ser forzados a adoptar conductas diversas que van desde la asimilación plena a ser tratados como vulgares cuerpos extraños. Claro está que el comportamiento interno del cuerpo carece todavía del detalle debido, motivo por el cual algunos tránsitos tal vez se desconozcan del modo más puro. Llegamos a la ciudad un rato antes que el sol, después de un viaje malo en los asientos duros de un ómnibus nocturno. En la terminal empezaban a salir los cafés y había poco cambio en la caja. Los carteles de las empresas de transporte estaban escritos en otras lenguas y se veía a la gente distribuirse de ida y vuelta mientras nosotros mismos teníamos que decidirnos por un camino para llegar al hostel. Habíamos esperado a que abriera el mostrador de informes para conseguir un mapa y algunas indicaciones que complementaran lo que habíamos visto por internet. Después de entender medianamente lo que nos dijeron, salimos a una nueva calle desconocida. Llevábamos la vista virgen de esos barrios,

los pies más tanteando que dando pasos. Una mujer desconcertada me abordó como si yo pudiera ayudarla y le di la respuesta que pude, que seguramente no le sirvió para nada, a pesar de lo cual me tocó de una manera muy curiosa en el brazo y sonrió. Y nos pusimos a caminar por unas veredas que se desperezaban, por unas avenidas anchas que se preparaban para llenarse de vehículos. Caminábamos con la lucidez oscura de la primera vez, con esos ojos que intentan guardarse todo en un aprendizaje improbable de rutas de huida o puntos seguros en los que apoyarse.

No podíamos entrar a la habitación hasta bastante rato más tarde y, pese a ir molidos del viaje, nos metimos en un tour gratuito por la parte histórica. Nos pasó a buscar un inglés por el hóstel. Caminaba rápido y, a falta de otras opciones, nos dejábamos arrastrar hacia algún lugar del que no teníamos idea, que terminó siendo una plaza encajada entre edificaciones de piedra. Allí nos juntaron a los que se habían venido sumando en el camino y a los que llegaron desde otras direcciones, todos con caras de desconocidos cuyo destino es seguirlo siendo para siempre. El guía salió de una puerta por la que se vislumbraba un interior profundo y oscuro. Era alegre y parecía un duende. Más bien bajito, con unos lentes al uso, llevaba una gabardina con capucha y championes All Star que no llegaban a restarle su aire medieval. Explicó que vivía de propinas y, parado encima de una piedra, se dedicó a ponerle palabras a lo que nos rodeaba. Fue mostrando catedrales y callejones, plazuelas y recovecos. A medida que nos llevaba por lo que para mí era un laberinto irresoluble, daba la impresión de que la ciudad era una suerte de árbol antiquísimo cuyas sucesivas arquitecturas eran anillos y cortezas superpuestas y si-

multáneas, como si varias profundidades del tiempo coexistieran. Aquí una torre que un rey se hizo construir para respirar el aire fresco por encima de la podredumbre, más allá las lápidas del cementerio de los judíos usadas impiadosamente para levantar una pared, las tetas cortadas de la santa local o los rastros de las bombas que la gente quiso conservar como recuerdo de una guerra que no respetó las paredes religiosas.

No vimos más que la profundidad agradable de las cosas, esa es la fortuna que uno por lo general espera cuando pasea. No obstante, a mí me quedó resonando algo que dijo el guía que pareció algo más que mero folclore para el turismo. La verdad es que me quiero acordar de qué fue y dónde pero no lo consigo, quizá por mi memoria errática habitual o, tal vez con más probabilidad, por lo barroco del día, por todo lo que pasó después. Desde el barrio viejo conseguimos sortear nuestra ignorancia de la ciudad y llegar de vuelta al hóstel. Íbamos bastante cansados y por eso mismo irritables, lo que nos deparó uno de esos conflictos en los que cada uno saca a flote su peor parte y hurga en los puntos negativos del otro. Fue por una estupidez tan mínima que no vale la pena ni contarla, pero la detesté con minuciosidad y ella se dedicó a lo propio. Peleados de tal forma llegamos a la habitación, que habríamos de compartir con dos hipotéticas personas más, dejamos las mochilas y caímos rendidos de sueño hasta que mi celular empezó a dar la alarma. No quería hablarle pero mucho menos quería quedarme dormido y perderme el partido.

Había comprado las entradas por internet varios días antes y las atesoraba más que el pasaporte. Tenía que lograr comunicarme con ella de vuelta, necesitaba averiguar cómo

llegar hasta el estadio y también si el camino de vuelta coincidía con el de ida, aunque me dije que esto último podía dejarlo para después. Superando el orgullo y armándome de paciencia para escuchar su retahíla de reproches, hice el esfuerzo y le hablé. Por suerte conseguí humillarme lo suficiente —o ser razonable, quién sabe— y logramos retomar una cierta armonía y hasta algunos cariños.

La línea con dirección a no sé dónde, la estación tal, cambiar a la línea cual, imposible recordarlo, en gran parte por el deslumbramiento de la belleza del estadio, lo bien que funcionaba todo, el impacto del brillo verde de la cancha en los ojos, la hermosura del juego que se prodigaba en laberintos que semejaban una construcción compleja en la que la floritura era el objetivo y era útil a él. Hasta a ella parecía gustarle el estilo, que comparó con malabarismos. Y venía todo bien hasta el entretiempo, cuando pasó lo del pancho, que debió haber nacido de lo de la mañana, porque de lo contrario no me lo explico. Le propuse comer algo, sobre todo por cumplir el ritual de comerse algo en los estadios, y accedió. Fui a buscarlos y me demoré un poco en volver con dos extraños ejemplares de embutido rodeados por sendos pedazos de infame pan flauta. Estaban bastante feos, aunque no creo que tanto para justificar el cambio en el estado de ánimo que mostraba. Intenté en vano saber qué le pasaba y decidí que, ya que estaba allí, no me iba a perder el segundo tiempo porque ella tuviera cara de culo. Me concentré en el partido y casi podría decir que lo disfruté, gracias a la colaboración de los jugadores, que mantuvieron la intensidad, y del técnico, que puso al mejor de todos a los quince minutos, luego de tres meses de baja por lesión. Ella miraba a la nada, como si todo le molestara. Y

a la salida del estadio se mostró aun más distante e irritada. Incluso caminábamos a ritmos diferentes. Me apuraba y se quedaba para atrás, trataba de acompasarme a su marcha y aceleraba. Así, a los tirones, fuimos parte del río de gente que desaguó del estadio inundando la calle y distribuyéndose por las esquinas o escurriéndose escaleras abajo hacia la estación de metro más cercana, a la que no vacilé en empujarla pese a que no tenía certeza de que nos dejara cerca de nuestro alojamiento. Tuvimos la fortuna de que en efecto esa línea nos dejaba en una estación que reconocíamos y experimentamos la desgracia de ir apretados el uno contra el otro cuando no lográbamos comunicarnos. Yo, por mi parte, también era empujado por la inercia sobre una rubia muy linda que me habría gustado conocer mejor y cuyo cuerpo disfruté con discreción como una especie de venganza por lo que yo consideraba un maltrato.

No me habló en todo el trayecto. Y todo lo que dijo una vez que nos hubimos bajado fue para quejarse de que tenía que caminar mucho y le dolía un pie. Saqué la cuenta de que contestarle sería meterme en terreno embarrado, de modo que me mantuve en silencio. El mismo mutismo que mantuvimos ya en el alojamiento, que no romperíamos en adelante.

La habitación tenía una especie de hall luego del cual un pasillo llevaba al dormitorio. El detalle era conveniente ya que se trataba de un cuarto compartido y se podía prender la luz de la salita sin necesidad de iluminar el cuarto. Me pareció ver una mochila que no era de las nuestras. Entonces, para preservar el sueño de quien estuviera allí, entramos a oscuras, de memoria, más solos que dos desconocidos. Había dos cuchetas, en una de las cuales estábamos insta-

lados, ella arriba y yo abajo. La otra estaba justo en frente y de allí no salía sonido. Al pozo negro de la noche solo llegaba el rumor del tránsito como un arrullo involuntario y confuso, seguro que a raíz del estado de desorden mental que siempre me provocaban las peleas. Eso sin mencionar las ganas de tirarlo todo al diablo, de dar un portazo silencioso y desaparecer sin más. Planeaba toda clase de rutas de escape y vidas posibles, llegaba a calcular cuánto pagaría de alquiler, qué caminos diferentes tomaría para no cruzarme con ella, qué pasaría con los amigos en común. Todo solía quedar en una idea vaga que la reconciliación borraba pero esa noche nos fuimos a la cama sin solucionar los problemas, por lo que la confusión estaba allí.

Lo que sí tengo claro es el recuerdo de la mujer del metro, cuya figura había memorizado sin esfuerzo. Mi imaginación la hizo florecer de dentro de la campera de cuero, pródiga en unos encantos por demás estimulantes. La fantasía se fue ramificando hacia otros sentidos y no tardé en notar que estaba dispuesto a hacerle los honores. Dejé que la mano se apoyara en medio del calor y empezara a deslizarse sensiblemente. La cama hizo un ruido y me detuve. Esperé. Creí escuchar movimientos en la cama de en frente. Agucé el oído pero no pude confirmar mi sospecha. De algún modo la visión de la mujer era pertinaz y no quería quedarme a medio camino, así que seguí en lo que estaba. El cuerpo tenía esa combinación de suavidad y poder, de proporción perfecta, que lo hacía un camino sin retorno. Por si fuera poco, la envolvía un perfume antropófago con suaves notas invasivas de carne floral, una atmósfera vertiginosa que invitaba a la adicción. Me vi sorprendido por sus susurros sedosos y húmedos en los oídos, hechos de unas palabras

vagamente parecidas a las de mi lengua, lo suficientemente incomprensibles para querer ir hacia ellas. Sonaba a otras épocas tal vez, quien sabe a un tiempo que, sin haber sido todavía, transita por callejones geológicos, a un distanciarse y acercarse de dialectos. Siempre me había gustado conocer la historia de los lugares que visitaba, y a las personas, pero era la primera vez que sentía que un cuerpo de mujer se metía en mi cama y me tocaba. Quise preguntarme si mi capacidad de invención podía tener unos resultados tan perfectos, pretendí también distinguir si me encontraba del lado de acá o de allá de la frontera del sueño. Sentí a la mujer por todas partes, más que tocándome metiéndose por toda la extensión de mi cuerpo, desnudándonos incluso de nuestras desnudeces. No hubo otra posibilidad que no fuera fundirnos en una secuencia placentera que se encaminó hacia un cataclismo más allá de las palabras y la vida.

El cansancio hizo que durmiera profundo, hasta ya muy subido el sol, con la placidez de las ganas satisfechas. Me fui despertando lentamente, acariciada la vista entreabierta por el haz de luz que se escurría de las cortinas. Al moverme en la cama dejé caer mis ojos por el suelo, donde se divisaban unas botas muy grandes y una bolsa voluminosa. Esperaba encontrar algunas cosas que allí no se veían. El ambiente no encajaba con los vagos recuerdos de lo que debía ser, acaso fuera algo relacionado con la cama, la distribución de las cosas en la habitación. Sentí el sonido del agua y luego los pasos. Venía todavía sin vestirse. Lucía toda la fisonomía fuerte y el cuerpo musculoso e hirsuto. Me miró como con una expectación cercana a la impaciencia.

—Perfim et recordas, pansaria sempiterna dormires. Et

apresses, momentim hem partir, et vestes, le carru esperant.

Obedecí. Tenía razón, claro, si no me levantaba no llegaríamos a tiempo al mercado y al puerto. Pero no me gustaba que me lo dijera de esa forma tan seca que tiene cuando se apresura, a veces me parece que me lleva de arrastro, como anoche después de la ejecución, un aburrimiento por otra parte, cuando volvimos tan apretados. Aunque un poco me vengué frotándome con el hombre que venía junto a mí y que tan buen aspecto tenía y tanto deseo de irme con él me provocó, tanto que habría jurado que no nos quedamos en eso. Acaso las advertencias de los viajeros no fueran meros inventos.

ÍNDICE

DATOS DEL AUTOR





ISBN: 978-9974-8417-9-6
9 789974 841796

Una mañana, tras un sueño intranquilo, Óscar Quintana se despertó convertido en una mujer. Estaba boca arriba y, al levantar la cabeza y alzar la colcha, vio sus tetas en reposo y su abdomen curvo y sucinto. El calzoncillo no se adaptaba a los generosos glúteos y el pubis era notoriamente cóncavo en comparación con el calibre acostumbrado de su sexo. Las piernas, negras y suavemente torneadas, se movían con un concierto que superaba en armonía a la flacura tosca que le era normal.